

UN TREBOL DE CUATRO MUERTES

KEITH LUGER






SS
SERVICIO SECRETO
eb


MARIAN

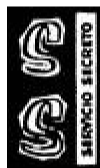

JOE
MORRIS


KENNET
FORREST

KEITH LUGER

UN TRÉBOL DE CUATRO MUERTES

SERVICIO SECRETO n.° 881
Publicación semanal
Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 13.734-1967
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio 1967

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 3967

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.008. — El linchamiento.
En Colección SERVICIO SECRETO:
874. — Un ciclón llamado Ana.
En Colección BÚFALO:
709. — Los dólares del hombre muerto.
En Colección TEXAS:
581. — El poderoso Mahoney.
En Colección COLORADO:
485. — En memoria de un pistolero.
En Colección KANSAS:
450. — Una vida muy alegre.
En Colección BRAVO OESTE:
319. — Roído por el odio.
En Colección PUNTO ROJO:
246. — El finado no te olvida.
En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
246. — Cianuro para el asesino.
En Colección ARCHIVO SECRETO:
148. — Más difícil todavía.
En Colección CALIFORNIA:
549. — Tres días de cólera.
En Colección ASES DEL OESTE:
421. — Plomo a granel.

CAPÍTULO PRIMERO

ME despertó el timbre de la puerta, y me di a todos los diablos.

Puse los pies en el suelo y creí que la cabeza se me iba a desprender del cuello. Tenía en mi boca la sensación de que había comido serrín. Entonces recordé que la noche anterior había celebrado mi regreso de París con Emma, una pelirroja del «Vanity», especialista en la danza del vientre. Después que ella y yo bebimos como tres o cuatro barriles de whisky, la había acompañado a su casa, y luego…

El timbre de la puerta interrumpió mis pensamientos.

—Ya voy… ya voy…

Me equivoqué de zapatilla y no encontré la manga del batín, pero, tras un par de minutos de dura lucha, conseguí poner cada cosa en su sitio.

El timbre seguía sonando.

No, no podía haberse declarado un incendio en el edificio. Había rentado un apartamento muy caro, como soñé tener después de pasar por un centenar de chozas El dinero ha de servir para algo, hermano, y yo era el investigador más caro de Nueva York. Cien dólares por día más los gastos.

Salí del dormitorio, crucé el living y al pasar por frente al espejo me pasé la mano por el cabello. Luego, cerré la mano un par de veces, hasta que mi puño estuvo en condiciones de romper la cara del tipo que estaba en la otra parte de la puerta.

Para aquel entonces presumía quién era la persona que me había despertado, Joe Cummins, un agente de apuestas. Seguro que

me visitaba para pedirme un préstamo y así salvar su pellejo. Joe de vez en cuando, todas las semanas, se metía en algún lío con *gangsters* y ya lo había sacado de media docena de atolladeros. Pero ya estaba harto.

Abrí la puerta y fui a disparar el puño.

—¡Oh! —dijo una voz femenina.

No, no era Joe Cummins, él era muy feo, y la muchacha que estaba allí era la rubia más mona que había visto desde mi salida de los Estados Unidos, dos meses antes. Tenía las cejas finamente trazadas, la nariz recta y sus labios eran carnosos, muy rojos.

—Disculpe —le dije—. Pero creí que era un amigo bromista…

—¿Se refiere a que no acostumbra a levantarse antes de las diez?

—¿Son ya las diez?

—Pasan exactamente siete minutos, señor Forrest.

—Pues no me lo hubiera imaginado nunca.

Estábamos sosteniendo un diálogo sensacional, como para ofrecerlo a uno de esos cretinos productores que hacen unos cretinos *films* destinados a un público inteligente, que manda a los *films* y a los productores al infierno.

—Señor Forrest, tengo que hablarle de un asunto importante.

—¿Se refiere a contratar mis servicios profesionales?

—Desde luego.

—Pero yo recibo en mi oficina.

—Ya estuve en su oficina y me cansé de esperar… Por fortuna, se apiadó de mí su vecino, un dentista. Me dio su dirección, y le aseguro que estuve esperando desde las ocho.

—Está bien, pase.

—Gracias.

Le indiqué que se sentase y ella eligió un sillón.

—Mi nombre es Elizabeth Clifford, señor Forrest, y si le parece, le expondré mi asunto.

—Perdone, pero necesito poner la cabeza bajo el agua. Si no lo hago, tendrá que repetir su historia como media docena de veces para medio comprenderla. También necesito un café. No invertiré en todo ello más de quince minutos. ¿Le parece bien?

—Sí, con una condición.

—¿A qué se refiere?

—Yo le haré el café.

—De acuerdo. Pase a la cocina. Está a la izquierda…

Dejó su bolso en la mesa y se marchó a la cocina, momento que aproveché para observar sus esbeltas piernas de torneada pantorrilla y sus atractivas caderas que se ondulaban maravillosamente…

El agua helada me acabó de despertar. No oí ningún ruido y me pregunté si todo lo que había pasado hasta ahora era un sueño.

Tenía que cerciorarse muy aprisa de que la rubia era realidad.

Antes de entrar en la cocina olfateé el café. La cosa marchaba bien.

Me detuve en el hueco y la vi. No, no había ninguna duda. Era de carne y hueso, ambos en las debidas proporciones para formar un cuerpo sensacional.

Estuve como medio siglo contemplándola porque valía la pena.

—Eh, señor Forrest, ¿le pasa algo?

—No, solo que no puedo creer en mi suerte.

—Señor Forrest, debo advertirle que no voy a consentir que me ponga una sola mano encima.

—¿De veras? Entonces le pondré las dos.

—Me advirtieron contra usted.

—¿Y quién fue ese angelito?

—Su amigo Andrew Blandy.

—¿Andrew Blandy?

—Hizo el servicio militar con usted.

Recordé a Andrew Blandy, demonios, y me hizo gracia porque Andrew Blandy era un tipo gordito, gracias al cual, siempre que me encontré en las últimas, pude recibir unos cuantos dólares de socorro.

—¿Qué fue de Andrew? —pregunté.

—Es el director del Banco Comercial de Little Rock,

—Soy tonto. No debí preguntarlo. En el ejército, todos los de la compañía le debíamos dinero, aunque debo decir en honor de Andrew que siempre nos cobró un módico interés del cuarenta por ciento… ¿Y qué hace Andrew con su podrida plata?

—Se casó y tiene seis hijos.

—Vaya, también se dedica a la recría.

—Debió divertirse mucho anoche, pero beba el café para despejarse… Necesito decirle algo muy importante

Bebí el café. Era muy bueno.

—¿Puedo despachar otra taza, querida?

—Claro —dijo ella y me la sirvió.

Le ofrecí un cigarrillo, pero no quiso y yo encendí uno.

—¿Qué quiere que haga por usted, Elizabeth?

—Que encuentre a mi hermana.

—¿La perdió?

—Sí. No sé nada de ella desde hace dos meses… Por eso vine a Nueva York.

—Un momento. ¿Quiere decir que ha viajado desde Little Rock?

—Así es.

—Imagino que allí hay policía. ¿No encargó a ellos el asunto?

—No, señor Forrest. Quise hacerlo sin escándalo, porque pensé que quizá Stephanie ha guardado silencio hasta ahora porque le conviene.

—No se precipite, Elizabeth. Empiece por el principio.

—Mi hermana Stephanie es dos años menor que yo, pero hay una diferencia entre ambas. Ella salió una niña precoz… Me refiero a la natación. A los doce años ya era campeona femenina de las cien y las doscientas yardas. Cuando estábamos en la Universidad la seleccionaron para las pruebas pre-olímpicas, pero una enfermedad la obligó a guardar cama seis meses… Fue terrible para Stephanie, ya que tuvo que volver a empezar… Entonces fue cuando apareció en su vida Thomas Mapleton. Imagino que sabe quién es.

—¿Thomas Mapleton? —negué con la cabeza—. No, no lo conozco… ¿Por qué lo debería conocer?

—Tiene un gran espectáculo de ballet acuático.

Hice chascar los dedos porque recordé haber visto anunciando el espectáculo de Mapleton.

—¿Se llama algo así como «Las Bellas Nadadoras de Mapleton»?

—Eso es, señor Forrest… El señor Mapleton hizo una buena oferta a Stephanie, y ella aceptó. Eso fue hace tres años… Desde entonces, Stephanie no ha vuelto por Little Rock, pero ha escrito

con frecuencia… Recibí su última carta hace un mes y medio. En ella me decía que dejaría la natación porque había conocido a un hombre maravilloso que se iba a casar con ella.

—¿Desde dónde le escribía esa carta?

—Desde Nueva York. Estaba actuando aquí, en el Teatro Circo Bentley. Aún le quedaba una semana de contrato con Mapleton, pero estaba decidida a no renovarlo, a pesar de que el señor Mapleton casi le doblaba el sueldo… Stephanie decía que desde Nueva York se dirigía a Las Vegas para casarse con su prometido…

—¿Quién era su prometido?

—No lo decía. Solo indicaba en su carta que quería darme una sorpresa y que ella y su marido irían a Little Rock desde Las Vegas. Pero desde que recibí la carta han pasado cinco semanas y no he vuelto a saber de Stephanie.

—Bueno, quizá prolongó su luna de miel más de lo previsto…

—Hace siete días empecé a impacientarme y hablé con Andrew Brandy. Él tiene amigos en Las Vegas y telefoneó a uno de ellos. Intervino un policía, un tal teniente Pitman. El informe fue desconsolador. Mi hermana Stephanie no había estado en Las Vegas desde hace un año en que pasó por allí con el espectáculo de Mapleton.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Andrew trató de ponerse en contacto con usted, pero le informaron que estaba en Europa. Entonces, Andrew se dirigió a un agente artístico de esta ciudad, Brian Allen.

—¿Qué clase de gestiones hizo Brian?

—Brian le dijo por teléfono a Andrew que había estado hablando con Mapleton, pero que Mapleton le informó que Stephanie se había despedido de él como había decidido, que no había vuelto a saber nada de ella… Brian le preguntó por el prometido de Stephanie, pero Mapleton no supo darle el menor informe. También ignoraba que Stephanie se disponía a ir a Las Vegas… Ahí lo tiene todo, señor Forrest. Es lo último que supe de este asunto… Andrew se enteró por un periodista que usted regresaba de París y me dijo que viniese a Nueva York y hablase personalmente con usted.

Apreté la punta del cigarrillo en el cenicero.

—Elizabeth, seré sincero con usted. Hay un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que sus preocupaciones por Stephanie sean infundadas…

—¿Quiere decir que a ella no le pasa nada, que se encuentra perfectamente?

—Así es.

—¿Qué le hace suponer eso, señor Forrest?

—Mi experiencia.

—Oh, sí, claro. Su experiencia con respecto a muchas mujeres…

—Ajá.

—Y a mí me dice mi experiencia con respecto a Stephanie que le ha sucedido algo malo. Nunca pasó más de dos meses sin enviar una carta a casa, y en esta oportunidad existía un motivo mayor para que escribiese. El término de su contrato con Mapleton y su matrimonie con ese hombre.

—Eso es. El amor… ¿Se enamoró usted alguna vez… Elizabeth?

Sus mejillas se encendieron.

—Conteste, Elizabeth.

—No me he enamorado nunca, señor Forrest.

—Entonces será muy difícil que comprenda lo que le ha pasado a su hermana. Trataré de explicárselo. El amor rompe con todas las costumbres, con todos los hábitos de una persona. ¿Ha leído a Shakespeare, señorita Elizabeth?

—Sí, claro.

—¿«Venus y Adonis»?

—Por favor, no he venido a discutir de literatura.

—No iba a discutir sobre Shakespeare, sino a decirle los efectos que puede producir el amor en una mujer que, de pronto, ante un hombre, siente emociones nuevas.

—Señor Forrest, quiero que investigue lo que le pasó a mi hermana, y le aseguro que no me va a devolver la tranquilidad si me recita «Venus y Adonis» o «Romeo y Julieta».

—Creo que va a hacer una mala inversión de su dinero.

—Póngase en marcha y los gastos corren de mi cuenta.

—De acuerdo, Elizabeth, voy a trabajar para usted. Gracias.

—Hasta un límite.

—¿Qué quiere decir?

—Que abandonaré el caso cuando sepa que Stephanie se casó y que vive feliz en cualquier parte del mundo…

Ella se quedó pensativa y por último sacudió la cabeza.

—De acuerdo. Me hospedo en el hotel «Juno». Infórmeme allí.

—¿Ha traído una fotografía de su hermana?

—Dos.

Me las dio. En la primera, Stephanie se cubría con falda y suéter, pero resultaba mucho mejor en la segunda porque se exhibía en bañador. Era una criatura portentosa. Lo tenía todo. En su rostro se notaba cierto aire familiar con Elizabeth. Las dos resultaban bellas, pero eran distintas.

—¿No bebe usted café, Elizabeth?

—No, gracias.

—¿Whisky?

—Nada, señor Forrest.

Pasó por mi lado y salí también de la cocina.

Por un momento sentí deseos de decirle que buscase a otro detective, que era un asunto que no me interesaba, pero pensé en Andrew Blandy, mi prestamista en el ejército, y, sobre todo, en que Elizabeth Clifford era una muchacha con unos remos estupendos, con unas caderas de primera categoría y que nunca se había enamorado. Sí, eso fue lo que me decidió a encargarme del caso.

—Señor Forrest — dijo Elizabeth desde la puerta—. Usted es muy caro, y, si me permite decirlo, todavía no sé el motivo.

Antes de que yo pudiese contestar, la puerta cerróse tras de mi visitante.

Di un suspiro y fui al dormitorio para cambiarme.

CAPÍTULO II

ME habría gustado pasar las vacaciones en aquella piscina, porque contenía lo que más me atrae.

Mujeres.

Pero no crean que se trataban de mujeres cualesquiera.

Eran de lo mejor, con unos tipos maravillosos.

Aquel condenado Mapleton sabía elegirlas. Había cuatro rubias, otras cuatro pelirrojas y seis morenas.

Catorce señoritas, catorce, llenas de seducción, de belleza y, para demostrarlo, se cubrían con trocitos de tela. ¿Cuándo le concederán el premio Nobel al inventor del bikini?

Había entrado en la piscina del Teatro Circo de Bentley sin reparar en la garita, donde estaba el portero. No soy simpático a los porteros, y no me detengo a hablar con ellos cuando trato de hacer una investigación.

Sentí un resoplido a mi espalda y vi a un tipo con cara de perro.

No hace falta que les diga que era el portero.

—¿Por qué ha entrado aquí, míster?

—Necesito hablar con el señor Mapleton.

—¿Por qué no lo dijo?

—Pensé que no debía interrumpirle la lectura de la página de las carreras.

—Un tipo listo, ¿eh? ¿Sabe que puedo arrojarlo a la piscina?

—Casi me convendría —dije porque en ese momento en el agua había no menos de seis de aquellas hermosas nadadoras jugando con una gran pelota de colores.

—Salga inmediatamente de aquí, míster —dijo el portero.

—No puedo.

—Claro que puede. Solo tiene que mover las piernas de la misma forma que cuando entró.

Saqué un billete de a cinco dólares.

—¿Dónde está el señor Mapleton? —pregunté con ingenuidad.

Vio el billete y arrugó el ceño.

—Vaya, intenta sobornarme… Lo empeoró, muchacho…

—Oiga, Elliot Ness, ¿tiene una plaza libre entre los Intocables?

—Esa burla le va a costar un afloje de dientes.

Se abalanzó sobre mí a todo correr.

Yo me aparté un poco y le enganché el pie derecho.

El tipo, que debía pesar sus buenos noventa kilos, se fue hacia la piscina.

Fue como si entre las muchachas hubiese caído un rinoceronte.

Las chicas rieron divertidas.

El gordo salió a la superficie arrojando un chorro de agua por la boca.

Una de las chicas le echó la pelota.

—¡Eh, señor Smith, devuélvamela!

—Que se la devuelva su padre —le gritó el portero.

—Mal educado —dijo ella.

—Váyase al infierno, señorita Lizzie.

—Si me dices dónde hay un bañador, estoy contigo en un par de minutos.

El portero braceó hacia el borde de la piscina y logró salir con mucho resoplido.

—Ahora va a ver quién soy yo.

Lizzie hizo una boquita maravillosa y me dijo:

—Tenga cuidado. Cuando Smith se enfada, es temible.

—Tendré cuidado — dije.

Smith llegó corriendo otra vez.

Hay tipos que no escarmientan.

Lo paré con un golpe seco en el estómago y se quedó sin respiración. Entonces le apoyé un solo dedo en la nuca y lo empujé hacia la pileta.

El señor Smith cayó por su propio peso.

Muchas de las muchachas se pusieron a aplaudir y yo saludé porque siempre he agradecido el favor del público.

Una voz ronca tronó a mi espalda.

—¿Qué hace usted?

Me volví dando un suspiro.

Delante de mí había un tipo alto, fuerte, de rostro bien parecido, pelo rizado, muy negro.

—Aunque le parezca increíble no vine aquí a pelear con Smith ni con nadie —contestó—. Solo vine a hablar con el señor Mapleton.

—Yo soy Thomas Mapleton, y solo recibo a los periodistas los martes y los sábados.

—Hoy es lunes —le dije.

—Gracias por recordármelo. Vuelva mañana —dijo y, dando por terminada la entrevista, se alejó.

—No soy periodista. Solo un investigador privado.

Se detuvo y giró hacia mí.

—¿Un investigador privado? —repitió.

—Kenneth Forrest…

—¿Qué quiere?

—Preguntarle acerca de una de sus chicas.

Mapleton miró hacia la piscina. Sus chicas estaban escuchando nuestro diálogo, porque para aquel entonces yo era para ellas algo así como una modesta combinación de Rock Hudson, Gary Grant y Paul Newman.

—Venga conmigo, Forrest — dijo Mapleton, y echó a andar muy deprisa.

Miré a Smith, que otra vez estaba subiendo a tierra firme.

—Ya seguiremos jugando en otro momento, gordo.

Era un tipo muy sensitivo. Mis palabras le produjeron tanto impacto que se dejó caer en el agua. O quizá fuese un pillín y ya había decidido pasar un rato con las muchachas. No quise cerciorarme porque el señor Mapleton estaba llegando a las oficinas que estaban al fondo.

Tuve que darme mucha prisa para alcanzarlo.

—Siéntese —dijo, él ocupó un sillón giratorio tras una mesa.

Me senté, crucé las piernas y saqué un cigarrillo.

—¿Cuál es la chica? —preguntó.

—Stephanie Clifford.

Arrugó el ceño y, tras dejar correr unos segundos y se vino hacia delante apoyando los brazos en una carpeta.

—Entonces, ya se puede marchar, Forrest.

—¿Usted cree?

—Stephanie Clifford no es ninguna de mis chicas.

—Oh, sí, terminó su contrato con usted hace aproximadamente dos meses.

—Está bien informado, y ahora márchese.

—Nada de eso, Mapleton. Vine a buscar información acerca de Stephanie y no me iré hasta que lo exprima como un limón.

—¿Qué dice? —exclamó.

—Limón.

—Usted no me gusta nada, señor Forrest.

—Es natural, teniendo la cantidad de chicas que tiene.

Sus mejillas adquirieron un bonito color fresa.

—Hijo de perra —dijo—. Soy tan hombre como usted.

—Hagamos un concurso. Yo me quedo con las rubias y con las pelirrojas, usted con las morenas y caiga quien caiga.

—¿Ya estuvo en el manicomio?

—Todavía no.

—Entonces avisaré a la policía para que traigan a los loqueros.

Encendí el cigarrillo y después de arrojar un chorro de humo, dije:

—Llame a la policía.

Se quedó perplejo ante mi tranquilidad.

De repente, pegó un puñetazo en la mesa.

—¡No sé nada de Stephanie Clifford! ¿Lo oye bien? ignoro donde fue, y tampoco sé una palabra respecto a ese prometido suyo con el que supuestamente se iba a casar. Nunca me meto en la vida privada de mis chicas, a no ser que perjudique su trabajo. Me importa un rábano lo que hagan en sus horas libres… Aunque, bien es verdad que les doy los mejores consejos para conservarse en forma. Las muchachas tienen una profesión ingrata. No pueden

comer excesivamente. Si engordasen, romperían la armonía del grupo. Por fortuna, tengo buen ojo para elegir a chicas disciplinadas… Y yo sé inculcarles lo que les falta. Sentido de la responsabilidad… ¿Lo entiende, señor Forrest?

—Le agradezco su informe. Eso siempre ayuda, pero preferiría que se limitase a hablarme de Stephanie.

—¡Pero si ya le he dicho que no tengo nada que decir de Stephanie!

—¿Quién era su prometido?

—¿Cuántas veces quiere que le repita que no sé nada?

—Lo dudo.

—¿Por qué lo duda?

—Usted no puede prescindir fácilmente de una de sus nadadoras. Imagino que, además de sus condiciones, requieren otras cosas. He visto ahí fuera unas cuantas y son aproximadamente de la misma edad, del mismo tamaño, del mismo peso… A pesar de lo que usted diga, apuesto a que las somete a vigilancia. Ellas son muy monas, y es lógico que a donde vayan, más de un tipo se vuelva loco por tocar, además de ver… ¿Qué pasa en esos casos, señor Mapleton? ¿Les habla como un padre y les recuerda su sentido de la responsabilidad para con usted?

Se había hecho un silencio.

—Es usted un tipo indeseable, Forrest.

—Lo soy, Mapleton. Pero ya conté con eso cuando hace diez años hice mi primer trabajo en esta profesión… Volvamos al chico de Stephanie. ¿Quién era él?

Thomas Mapleton se echó en el respaldo del sillón y se relajó vencido.

—Solo lo vi una vez.

—¿Dónde?

—Aquí, en el camerino de Stephanie.

—Su nombre.

—Stephanie no me lo presentó. Nunca supe su nombre.

—¿Cuándo lo vio exactamente?

—Dos días antes de que Stephanie terminase su contrato. Ya hacía rato que había terminado la función. Nuestro empresario nos había invitado a cenar. Yo decidí acompañar a Stephanie, pero no

se lo había dicho. Tenía la intención de aprovechar la cena y hablar a Stephanie acerca de su contrato. Abrí la puerta y me lo encontré allí. Stephanie estaba a punto de salir.

—¿Cómo era él?

—Alto, rubio, de unos treinta y cinco años…

—¿Ojos?

—Creo que azules.

—¿Cómo iba vestido?

—Se cubría con abrigo sport. Al verme, él giró rápidamente hacia la pared. Por eso lo observé solo unos segundos. Me dio la impresión de que no quería ni verme.

—¿No los presentó Stephanie?

—Ya le he dicho que no.

—¿No encontró raro eso?

—Sí, claro, pero ya sabe cómo son las mujeres para salir de las situaciones apuradas. Me preguntó qué quería, y yo le recordé la cena de nuestro empresario. Stephanie me contestó que no iría, que ya estaba comprometida.

—¿No pronunció entonces el nombre de su prometido?

—No.

—¿Está seguro de que no dijo que estaba comprometida con Albert, con Jonathan, con John…?

—No, no dijo ningún nombre. Estoy seguro.

—¿Qué más pasó allí?

—Eso fue todo. Me encogí de hombros, dije buenas noches y salí.

—¿Vio a Stephanie al día siguiente?

—Claro y le pregunté si aquel hombre que había visto en su camerino la noche anterior era su prometido. Me dijo que sí, pero enseguida cambió de conversación, preguntándome por Lizzie, una muchacha que yo había contratado en Niagara Falls y que estaba entrenando. Días antes, Stephanie se negó a renovar el contrato y le dije que maldita la falta que me hacía y que la nueva chica, Lizzie, le daba ciento y raya. Desde luego, no era verdad. Stephanie era una de las mejores del conjunto, pero yo procedí así porque no conviene dar demasiada importancia a las muchachas. Si se lo llegan a creer, uno está perdido…

—¿Ya no volvió a ver a su prometido?

—No.

—¿Cómo se despidieron usted y Stephanie?

—El último día, antes de la función, fui a su camerino. Estaba sola. Le rogué una vez más que se quedase, y entonces ella dijo que por nada del mundo cambiaría su decisión. Comprendí que no tenía nada que hacer. Da modo que le di un beso en la mejilla y le deseé suerte.

—¿Dónde se iba a casar?

—Dijo que en un día o dos se marcharía a Las Vegas.

—¿Qué día terminó su contrato?

—El 23 de septiembre.

—¿Dónde se alojaba Stephanie?

—En el hotel Temple, en la calle 14.

—¿Había alguna compañera con ella?

—Sí. Carol Clapham.

—¿Está ahí fuera?

—Sí, pero no va a adelantar nada.

—¿Por qué cree que no?

—Ya interrogué a Carol acerca de Stephanie, y de su prometido.

—¿Y cuál fue su respuesta?

—Que nunca había visto al novio, que le había preguntado a Stephanie sobre él, pero que ella había eludido la respuesta.

Me puse en pie.

—Espero que me haya dicho la verdad, Mapleton.

—¿Por qué le iba a mentir?

—En este momento no lo sé, pero, si lo ha hecho, volveré a hablar con usted.

Salí de la oficina.

No vi al portero. Probablemente estaría secándose. Algunas chicas estaban fuera de la piscina haciendo gimnasia. Una de ellas era Lizzie.

Me sonrió.

—Hola, Lizzie — dije.

—¿Ya terminaste con el ogro?

—De momento.

—Creí que saldrías por la ventana…

—Tiene mal genio, ¿eh?

—Bastante. Pero tú eres distinto. Pareces muy simpático.

—Lo soy, y ya puedes apostar a que tú y yo nos vamos a divertir un día de estos.

—¿Por qué no esta noche?

—Tengo trabajo.

—Oh, sí, eres investigador privado. ¿Y qué es lo que investigas aquí?

—El paradero de Stephanie Clifford.

La joven pestañeó. Usaba un bikini que le servía para demostrar que había sido fabricada con un molde fuera de serie. Ustedes me entienden. Un tipo genuino, único.

Le expliqué lo que pasaba con Stephanie. Lo necesario para que ella me pudiese dar alguna información. Pero no tuve suerte. Dijo que Stephanie era una compañera, pero que apenas se había relacionado con ella porque llevaba muy poco tiempo en la compañía cuando ella se marchó.

—Pregúntale a Carol. Ella vivía en el mismo hotel.

—¿Quién es Carol?

—La morena de las gafas oscuras.

Vi en la ventana de la oficina a Mapleton. Evidentemente, no le gustaba que interrogase a las bañistas, pero yo le había dicho que era mi trabajo y tenía que conformarse.

Carol tomaba el sol tendida en una toalla.

Era tan hermosa y tan atractiva como Lizzie, pero tenía un defecto. Se le notaba la vacuna.

Me senté a su lado y le repetí el disco.

Ella se quitó las gafas en mi obsequio. Tenía unos hermosos ojos verdes.

—No me gustó nada lo de que Stephanie llevase tan en secreto lo de su prometido —empezó a decir—. ¿Por qué diablos no tenía que presentárnoslo?

—¿Lo viste alguna vez?

—Nunca.

—Tú tenías más oportunidades que nadie puesto que estabais alojadas en el mismo hotel.

—Pero él nunca la esperó allí.

—¿Dónde la esperaba?

—En cualquier lugar, en un restaurante, en un café…

—¿Pronunció ella algún nombre?

Carol permaneció en silencio unos instantes, mordiéndose las uñitas de la mano derecha. Por fin, bajó la mano y negó con la cabeza.

—Siempre decía que estaba citada con su novio en un restaurante, o en una cafetería, pero nunca citaba el nombre.

—¿Te habló alguna vez de la profesión de su prometido?

—Pensé que era doctor aunque ella nunca lo citase.

—¿Por qué pensaste eso?

—Cierta vez, Stephanie me dijo que, cuando se casase, ayudaría a su marido en la consulta. Entonces le pregunté si su prometido era doctor, pero no me contestó y salió de la habitación…

—¿No le censuraste su poca información acerca del hombre que iba a ser su esposo?

—No, porque imaginé que tendría razones para silenciarlo… Quizá él había estado en la cárcel, o algo peor… Por ejemplo, que ella nunca se iba a casar con él, porque quizá era ya casado… Ya sabes, un lío…

—¿Le viste el último día?

—Sí. Nos vimos en el hotel.

—¿Estaba ella sola?

—Yo fui a su habitación, y allí solo vi a Stephanie,

—¿A qué hora fue eso?

—Aproximadamente las nueve y media de la noche.

—Dos días antes el señor Mapleton había visto al prometido de Stephanie en el camerino. Mi pregunta es esta: ¿vivía en Nueva York?

—Estoy segura de que Stephanie lo conoció en Philadelphia, donde habíamos estado en agosto… Fue entonces cuando ella me habló de que había conocido a un hombre extraordinario. Naturalmente, tenía que ser su prometido. Le pregunté por él, pero ella solo me dijo las cosas naturales que se dicen las mujeres; que era un gran tipazo, que poseía mucha cultura… Una semana después, nos vinimos a Nueva York. Yo le pregunté por su chico y

ella me dijo que vendría a verla aquí y eso fue todo…

—He llegado a la conclusión de que fue el supuesto doctor quien le dijo a Stephanie que no hablase con nadie de sus cosas.

—Estoy de acuerdo contigo, y él ya puede estar satisfecho de Stephanie porque nuestra amiga cumplió su promesa. Ninguna de nosotras le pudimos sacar nada.

—Sin embargo, él cometió un error al venir aquí dos noches antes de que Stephanie terminase su contrato.

—A menos que no fuese él.

No me gustó la sugerencia de Carol, aunque la descripción de Thomas Mapleton con respecto al novio, si es que lo era, valía muy poco.

—¿Te habló de ir a casarse a Las Vegas?

—Sí, y eso fue lo que me dio motivos para pensar que él estuviese casado. Es a Las Vegas donde la gente va a divorciarse para casarse enseguida —exhaló el aire—. Siento no poder ayudarte más, Kenneth.

Me levanté.

—No sé si te servirá —dijo.

—¿Qué cosa?

—El trébol de cuatro hojas.

—¿A qué trébol te refieres?

—A un trébol que le vi a Stephanie la última noche cuando me fui a despedir de ella en la habitación del hotel. Le pregunté si era un regalo de él, y me contestó afirmativamente.

—¿Cómo era ese trébol?

—De oro, con brillantes.

—¿Costoso?

—Imagino que los brillantes serían de imitación. Quizá costó unos quinientos dólares. Puede que mil. No lo sé.

—Ya nos veremos.

—Si sabes algo de Stephanie, ¿me querrás llamar?

—Seguro.

Miré otra vez a mis espaldas, pero Thomas Mapleton ya no estaba en la ventana.

Una de las muchachas que nadaba en el agua me lanzó la pelota y se la mandé de un puntapié. Sus compañeras se pusieron a

aplaudir. Era un hermoso lugar para pasar unas vacaciones, pero estaba seguro de que a Thomas Mapleton no le gustaría que me quedase allí más tiempo, pero eso era natural porque yo haría perder la forma a más de una.

El portero estaba en su cuchitril, frotándose la cabeza con una toalla.

Asomé la cabeza y le dije:

—¡Guau!

Luego me marché.

CAPÍTULO III

EL registro del hotel Temple estaba servido por un hombre de bigote recortado y maneras suaves como un cisne.

Le enseñé mi credencial y abrió unos ojos como platos.

—No nos agradan los investigadores privados —dijo.

—Hace bien. No permita que su hijo lo sea. Es una profesión maloliente, y para ganarnos la vida, tenemos que recurrir al chantaje.

Me miró como si yo fuese Adolfo Hitler, listo para armar otra vez la gorda.

—Eh… ¿qué es lo que desea? — tartamudeó.

—Una amiga mía, Stephanie Clifford, se alojó en esta covacha. Quiero que me hable de ella.

—Oh, sí, Stephanie Clifford, una de las nadadoras de Mapleton.

—Eso es.

—No tenemos ninguna queja de ella. Era una chica muy correcta. Nunca dio motivo de escándalo y pagó su cuenta.

—Seguro que usted le echó el ojo.

Era muy problemático que el cisne le hubiese echado el ojo, desde un punto de vista varonil, claro, pero aquel fulano hablaba con entusiasmo de Stephanie, y eso quería decir que la chica le había resultado simpática. Un detective debe tener en cuenta esos detalles a la hora de buscar información.

No le gustó mi última frase y levantó la barbilla, ofendido.

—Yo también soy un hombre correcto. Puede usted preguntar a los clientes de este hotel, y ninguno le dará una sola queja de

Robert Fisham.

—Me gustaría preguntar a un solo huésped, señor Fisham.

—¿A quién?

—A Stephanie Clifford…

—De modo que la está buscando…

—Oiga, no siga así o me quitará el pan.

Sonrió levemente, torciendo la boca como si encontrase una espina, y dijo:

—La señorita Clifford y yo nos llevábamos bien.

—¿Y qué tal se llevaba con su novio?

—¿Su novio?

—Su prometido, el hombre con quien ella se iba a casar.

—No sabía que Stephanie se fuese a casar.

Ya había tropezado otra vez con la misma piedra, pero esa era la pimienta del caso, un hombre que aparta a una joven de su vida profesional para casarse con ella y del que muy pocas personas me podían decir algo. A cada momento el novio de Stephanie cobraba una mayor importancia. ¿Habría acertado Carol y él era un delincuente? ¿Se habría fugado con el dinero de la caja y con Stephanie? Eso era frecuente en el país, y creo que también lo es en el resto del mundo. Se necesitaría un diario de seis páginas para insertar las noticias de los cajeros que se fugan cada veinticuatro horas.

Sí, era la hipótesis más plausible y, si todo se reducía a eso, Elizabeth Clifford recuperaría a su hermana. Pero aposté desde aquel momento a que un jefe nunca recuperaría su dinero.

—Así que, no me puede dar ninguna información acerca de él, ¿eh, señor Fisham?

—No, señor. No conocí a ningún hombre al que Stephanie Clifford concediese mayor importancia, Pero si usted quiere ponerse en contacto con ella…

Creí no haber oído bien.

—Repita eso, señor Fisham.

—Tengo su dirección.

—¿La dejó ella?

—Bueno, no la dejó en persona… Ocurrió un incidente.

—¿A qué incidente se refiere?

—La señorita Clifford se dejó olvidado un broche.

—¿Un trébol de cuatro hojas, quizá?

—¿Cómo lo sabe? —preguntó admirado.

—Olvídelo —contesté—. ¿Qué pasó con el broche?

—Nos llegó un telegrama de Stephanie Clifford diciendo que había dejado olvidado el broche y que se lo mandásemos a cierta ciudad.

—¿Conserva ahí su telegrama?

—Sí, claro. Lo archivo todo.

—Sáquelo.

—No sé si debo.

—Oiga, señor Fisham. Fui contratado por Elizabeth Clifford para dar con su hermana Stephanie. Elizabeth ha venido desde Little Rock para encargarme de la investigación —agregué a mis palabras el billete de a cinco dólares que el portero del Teatro Circo Bentley no había querido.

Fisham miró a su alrededor para cerciorarse de que no era observado, guardó el billete y desapareció en la habitación del fondo.

Encendí un cigarrillo felicitándome por mi buena suerte. El caso al fin ofrecía buena cara. Tal como se estaba poniendo las cosas, iba a conocer muy pronto al novio de Stephanie, aunque cabía suponer que ya fuese su esposo. En fin, un asunto de familia y nada más.

Eso iba a demostrar que también un detective se relajona con casos en que no hay rubias apuñaladas, tipos con plomo en las tripas, o hermosas pelirrojas con medias anudadas al cuello.

Fisham regresó con el telegrama y se lo arrebaté de las manos.

El telegrama estaba puesto el 25 de septiembre en Center Port, Illinois, y decía así: «Olvidé broche trébol cuatro hojas. Ruego me envíen a Newcombe City, Wyoming. Apartado de correos 224. Gracias, Stephanie Clifford».

—¿Le devolvió el broche?

—Desde luego. Ya lo tenía en mi poder cuando recibí el telegrama. Nuestros empleados son honrados. Lo encontró la mujer de la limpieza… Así que, cuando recibí el telegrama, lo devolví a la señorita Clifford…

—Me quedo con el telegrama, señor Fisham.

—Oh, no puede hacer eso

—A usted ya no le hace falta, pero se lo devolveré. No se preocupe. Haré buen uso de él.

—Está bien, señor Forrest.

Me fui a mi oficina. Hacía varias semanas que no aparecía por allí. Las habitaciones estaban aseadas, sin polvo, porque Ana, la mujer de la limpieza, se ocupaba de todo en mi ausencia, y era una mujer eficiente, viuda de un boxeador que había encontrado la muerte en el ring.

Marqué el número de la policía y pregunté por mi amigo, el teniente William Conroy,

Al cabo de un rato oí sus ladridos.

—Bastardo, creí que algún europeo habría dado cuenta de ti en el Sena o en el Mar Negro.

—No lo creas, los franceses me quisieron proponer para la Legión de Honor, y en Estambul se organizaron manifestaciones de protesta porque me iba…

—¿A cuántos mataste?

—Perdí la cuenta. ¿Pasamos la página de chistes, teniente?

—Ya suponía que me llamabas para sacarme algo y no por el gusto de saludarme.

—Quiero que me informes acerca de los sucios policías en Newcombe City, Wyoming.

—¿Está eso en el mapa?

—Ya sé que no lo has visto desde que terminaste la Geografía en la secundaria, y para que no gastes energías te diré que Wyoming cae a la izquierda conforme se va al Océano Pacífico…

—Espera un momento.

El momento fue diez minutos. Al fin ladró otra vez:

—Newcombe City tiene un comisario y cuatro policías.

—Qué mayores… Solo falta que me digas el nombre del comisario.

—¿Cómo quieres que te diga eso? Y tampoco te puedo enviar sus huellas dactilares.

—Gracias, muchacho. Eso era todo.

—Procura volver a Europa antes de meterte en un crimen que

yo tenga que investigar.

—Lo tendré en cuenta, teniente.

Colgué y pedí una conferencia a larga distancia en Newcombe City, Wyoming, con el comisario de la policía.

Me contestó un tipo que probablemente se despertaba ahora.

—¿Quién ha dicho que es?

—Kenneth Forrest, investigador privado de Nueva York. Quiero hablar con el comisario.

Se apartó el micro de la boca, pero no mucho.

—Eh, comisario, ¿acertó algún concurso de T.V.? Hay un detective de Nueva York que quiere hablar con usted.

En Newcombe los había también muy graciosos,

—¿Qué pasa? —oí una voz más ronca.

—¿Es usted el comisario?

—Sí, soy el comisario Peter Klein.

—Tanto gusto, jefe.

—Vaya al grano, Forrest. ¿Qué es lo que quiere?

—Me gustaría hablar con Stephanie Clifford… Bueno, ahora tendrá otro apellido porque quizá se casó. Por eso solicito su ayuda. Yo le dejo mi número de teléfono y usted habla con Stephanie para que me ponga una conferencia, pero me gustaría que eso ocurriese durante la próxima hora.

—¿Ya terminó, señor Forrest?

—Solo falta que le diga a Stephanie que su hermana está aquí, en Nueva York, y que también hablará con ella,

—Perdió su tiempo, Forrest. Aquí no hay ninguna Stephanie Clifford.

—Ya le advertí del cambio de apellido.

—Aquí no hay ninguna Stephanie Clifford, ni Smith ni Dayle… ¿Lo oye bien? Ninguna.

—Eso debió ser hasta hace cinco semanas, pero ahora debe haber una. ¿Cuántos habitantes tiene ese pueblo?

—Mil quinientos.

—¿Los conoce a todos?

—Claro que los conozco. Mi padre nació aquí, mi abuelo nació aquí… Hasta hace cuatro años había una Stephanie Farago,

descendiente de húngaros o algo parecido… Pero murió… Y no fue de accidente, sino de enfermedad. Tuvo dos hijos varones. Si hubiese tenido una hija, quizá se hubiese llamado Stephanie. Pero ya lo ve, Forrest… No tuvo suerte. ¿Algo más?

—Otra pregunta, jefe.

—Termine pronto. Se me está enfriando la sopa.

—¿Hubo alguien de Newcombe City que apareciese por ahí hace aproximadamente cinco semanas acompañado de una muchacha rubia, esbelta, ojos azules, muy bonita?

—Oiga, muchacho, si encuentra una mujer como esa mándela… Pagaremos los portes… Ah, olvidé decirle que soy soltero…

Colgó inmediatamente.

—Eh, comisario… — grité golpeando la horquilla, pero no hubo nada que hacer porque la comunicación había quedado interrumpida.

En un momento todo había saltado por los aires. Ya creía tener a mi alcance a Stephanie Clifford, pero se me había escurrido entre los dedos como un fantasma.

Sentí un escalofrío.

CAPÍTULO IV

VIAJÉ en avión hasta Cheyenne.

Durante el vuelo, pregunte a una azafata si en Cheyenne había combinación hasta Newcombe City, y la nena, una descendiente de noruegos, me dijo que al llegar a Cheyenne hablase con Jack Howe. Solo tenía que preguntar en la cafetería del aeropuerto.

Mientras bebía un café pregunté al mozo por Jack Howe. No me contestó, pero yo estaba seguro de que me había oído bien.

—¿Quería hablar conmigo? —dijo un tipo a mi lado al cabo de unos diez minutos—. Soy Jack Howe.

Era alto, de piel arrugada, nariz torcida hacia la derecha y exhibía rastros de cicatrices de la oreja hacia el cuello.

—Pertenecí al equipo de «Los Locos Voladores».

Recordé a «Los Locos Voladores», una gran atracción aérea que había cruzado el país de éxito en éxito, hasta que en alguna parte sobrevino la catástrofe. Tres de los aviones de aquellos locos chocaron en el aire…

—Fui el único superviviente —puntualizó.

Cambiamos un apretón.

—Soy Kenneth Forrest, investigador privado de Nueva York. Quiero ir a Newcombe City.

Me pareció que su piel entre los dos ojos se arrugaba más.

—¿Es necesario que vaya allí?

—Es por lo que vine aquí. ¿Qué pasa, Jack?

—Si tiene que vérselas con el comisario Klein, no le envidio.

—Un tipo duro, ¿eh?

—Yo diría algo más.

—Pues dígalo. No se quede con las ganas.

—Es uno de los peores bastardos que he encontrado en mi vida, pero si le sacude quinientos dólares, lo tendrá trabajando a sus órdenes como un perrito.

—No le voy a dar quinientos dólares. Se supone que debo trabajar para vivir. ¿Me lleva allí?

Se encogió de hombros.

—Yo trabajo llevando gente desde Cheyenne en un radio de quinientas millas, y Newcombe City está trescientas millas al Norte.

—¿Cuándo salimos?

—En cuanto usted lo diga.

—¿Valen quince minutos?

—Valen.

El paisaje de Wyoming visto desde el aire era maravilloso, tanto como el de las bañistas de Mapleton.

—Estoy buscando a una joven —rompí el silencio.

Le enseñé la fotografía de Stephanie en bañador.

Jack soltó un silbido.

—Una buena pieza para el crudo invierno.

—¿No la vio nunca antes de ahora?

—No.

—¿Y si se hubiese puesto peluca?

Miró otra vez la foto y negó con la cabeza.

—Si yo viese a una mujer así, me la gravaría por una larga temporada.

A continuación, le di la descripción del prometido de Stephanie.

—Hay un tipo parecido a ese en Newcombe City.

—¿Quién es?

—Elliot Bowers. Tiene un aserradero.

—¿Casado?

—No.

—¿Viaja con frecuencia?

—Alguna vez se llega a Chicago. Entonces me telefonea desde Newcombe para que lo lleve a Cheyenne.

—¿Qué hace en Chicago?

—Supuestamente, va por motivos de su negocio.

—¿Y cree que dice la verdad?

Jack se encogió de hombros.

—Puede ser. Elliot Bowers tiene un buen aserradero. He estado algunas veces allí y conté una docena de empleados.

Pasaron los minutos.

—Ahí tiene Newcombe City —dijo Jack.

Dio una pasada para que viese el pueblo.

Las casas se ubicaban entre montañas, en un extenso valle. Por la izquierda corría un río, no muy ancho, que serpeaba perdiéndose a lo lejos.

Cuando pisamos tierra, Jack dijo:

—Puedo esperarlo hasta cuatro horas, Forrest.

—Quizá no me basten.

—Entonces, tendrá que telefonearme a Cheyenne —me dio una tarjeta comercial.

Le pagué lo que me había pedido, y dijo:

—Hay un par de taxis que lo llevarán al pueblo… Veo uno a la derecha. El del viejo Jonathan…

Me despedí de Jack y fui hacia el taxi, un Buick modelo del año 58.

Jonathan era un hombre de unos sesenta y cinco años.

—¿Me lleva al pueblo?

—Para eso estoy aquí —sonrió.

Emprendimos el viaje.

—Si necesita un hotel, le puedo recomendar el mejor de Newcombe City.

—Quizá me haga falta. Todavía no lo sé.

—Se llama «San Antonio». La dueña es una amiga mía, Joan Master. Si por casualidad se queda y va allí, dígale que lo envío yo. Me paga una pequeña comisión.

—No se preocupe. Si voy, se lo diré.

Cogí un billete de a cinco dólares y lo puse bajo la fotografía en que Stephanie aparecía vestida, de forma que el billete mostraba uno de sus picos.

—¿Vio alguna vez a esta mujer?

Jonathan vio la fotografía y el billete.

—Soy honrado, ¿sabe? Quiero decir que me gustaría ganar su dinero, pero la verdad es que nunca vi a esa mujer.

Repetí la descripción del prometido de Stephanie.

—Eh, creo que está hablando de un tipo de Newcombe.

—¿De quién?

—De Elliot Bowers.

—Lo mismo me dijo Jack Howe. ¿Dónde está el aserradero de Elliot?

—En las afueras de la ciudad.

—Llévеme allí, y se ganó los cinco dólares.

—Gracias —dijo y guardó el billete.

Llegamos al aserradero y le dije al viejo Jonathan que esperase.

Vi dos naves cuyas puertas estaban abiertas. Por los huecos se velan grandes pilas de madera aserrada. Del interior llegaba el ruido característico de las máquinas. Pegado a la pared había un cartelito con una flecha que indicaba el camino de las oficinas.

Una joven morena, de rostro picaresco, me dio los buenos días.

—Quiero hablar con el señor Bowers.

—Si es un representante, tendrá que esperar a la tarde. El señor Bowers lo recibirá a las cuatro.

—No soy un representante.

Le mostré mi credencial y ella, después de echar una ojeada, me miró con más respeto.

—Dígale al señor Bowers que se trata de un asunto personal.

Entró en un despacho y tardó en salir como dos minutos.

—El señor Bowers le ruega que pase.

El señor Bowers estaba detrás de una mesa que podía haber servido para que Jack Howe aterrizase, pero eso era lógico teniendo en cuenta que se dedicaba al negocio de maderas.

Se levantó y me estrechó la mano. Era rubio como el novio de Stephanie, y tenía los ojos azules como el novio de Stephanie. Por eso dije después de ocupar un sillón y cruzar las piernas.

—Vengo a hablar con Stephanie.

Enarcó las cejas, abrió la boca y quedó unos segundos en suspenso.

—¿Stephanie? —repitió.

—Stephanie Clifford, aunque ahora sea Stephanie Bowers.

—No le entiendo una palabra.

—Me estoy refiriendo a la joven que conoció probablemente en Philadelphia, a la bañista de Mapleton, a la muchacha que se alojaba en el hotel Temple de Nueva York, a la chica que usted regaló un trébol de cuatro hojas…

—Párese, señor Forrest.

—¿Va a decir algo?

—Sí, voy a decir algo… Primero que no me gusta su tono, segundo que no me gusta su voz, y tercero que no me gusta nada usted…

—¿Y qué hay de Stephanie? —pregunté como uno de esos locos que se agarran a una letanía.

—No conozco a ninguna Stephanie. Nunca estuve en Philadelphia. No sé a qué persona se refiere al hablarme de la bañista de Mapleton, y tampoco tengo la menor idea acerca de un trébol de cuatro hojas.

—Ya.

Solo dije eso, porque no podía decir otra cosa. Yo no tenía ninguna prueba para decirle que era un embustero.

—Y ahora, señor Forrest, quisiera disponer de mi tiempo para atender la correspondencia.

No me moví del sillón.

—¿No me ha oído, señor Forrest?

—Sí, lo he oído perfectamente, pero falta algo…

—Ya le oí bastante, señor Forrest.

Me puse en pie y lo señalé con el dedo.

—He venido de Nueva York para encontrar a Stephanie.

—Por mí, puede seguir buscando a esa chica. No tengo nada que ver con ella.

—Stephanie vino a Newcombe City. Estaba en camino hacia aquí el veinticinco de septiembre. Stephanie y su acompañante se detuvieron en Center Point. Ella puso un telegrama a Nueva York…

—Señor Forrest, no soy el hombre que busca.

—¿Cuál es su apartado de correos?

—¿Qué?

—Su apartado de correos.

—El 115.

—¿No tiene otro?

—No. Solo el 115.

—¿Qué me dice del 224?

—No sé quién será el titular del 224. Pregunte en correos.

—Eso voy a hacer, señor Bowers, y si es usted el titular del 224, será mejor que empiece a preparar más respuestas.

—¡Fuera!

No me di mucha prisa en salir y, cuando abrí la puerta, me aseguré de que la morena nos escuchaba. Entonces, volví la cabeza hacia Elliot Bowers y dije:

—Esa chica, Stephanie Clifford, recibió promesa de matrimonio de un tipo rubio de ojos azules que la trajo a Newcombe City. Por tanto, Stephanie Clifford viajó hasta aquí, y por tanto yo la encontraré…

—¡Ya dijo bastante, señor Forrest! —gritó.

Cerré la puerta y sonreí a la empleada.

—Su jefe tiene malas pulgas, nena.

—Al parecer, usted lo irritó.

—Él no me dejó otra oportunidad. A propósito, ¿también le hizo promesa de matrimonio a usted?

—Señor Forrest, yo solo soy la secretaria del señor Bowers, y le voy a rogar que no ponga en tela de juicio mi decencia.

Hice una reverencia y dije:

—Perdone, retiro mis palabras.

Volví al taxi de Jonathan.

—¿Dio resultado? —preguntó.

—Ninguno.

—¿Adónde le llevo ahora?

—A la oficina de la policía.

Arrugó el ceño.

—¿Va a hablar con Peter Klein?

—Sí.

—Tenga cuidado.

Era la segunda persona que me ponía en guardia con respecto al

comisario.

—¿Qué ocurre con el comisario, Jonathan? ¿Se come cruda a la gente?

—No está en Nueva York, señor Forrest.

—No, ya sé que esto es Newcombe City, Wyoming.

—Aquí el comisario es algo más que un simple jefe de policía.

—¿Qué cosa más?

—Yo diría que es lo mismo que un gobernador y que un jefe del ejército. Todo en una sola pieza.

Cruzamos la calle Mayor, y Jonathan detuvo el taxi junto a la comisaría.

Le aboné la carrera.

—Suerte, señor Forrest.

Lo dijo como si me fuesen a meter en una cápsula con destino a la Luna.

Entré en la oficina.

Un tipo despachaba un sándwich, las piernas extendidas sobre la mesa. Se cubría con camisa a cuadros y pantalones cow-boy. Era de mejillas chupadas y nariz aguileña.

Frente a la mesa había una puerta que estaba entornada. Por el resquicio pude ver una celda.

El tipo me miró moviendo las mandíbulas.

—Soy Kenneth Forrest, investigador privado de Nueva York…

Mis palabras le produjeron una gran sorpresa. Bajó las piernas poco a poco. Tragó el bocado y entonces dijo:

—Demonios, usted es como uno de esos detectives de las películas. Sí, señor, lo es. Alto, guapo, con buena planta.

—Gracias amigo, pero prefiero que me requiebre una pelirroja.

—Eh, cuidado, señor Forrest. No admito los chistes a mi costa.

—¿Quién es usted?

—Arnold Newton, sargento de la policía de Newcombe City, ayudante y brazo derecho del comisario Peter Klein, vocal de la Junta de la Libertad Condicional…

—¿Y de qué lado duerme?

—¿Cómo? —se puso en pie— Otro chiste, ¿eh?

—Será mejor que hable con su jefe. Me temo que usted y yo no

nos vamos a entender.

Golpeó el puño derecho contra la palma de la otra mano.

—Yo me entiendo con todo el mundo, señor Forrest.

—Celebro que sea optimista.

—Me entiendo con todos, tarde o temprano.

Supe a qué se refería. Cada golpe de su puño debería romper un hueso, o aplastar una nariz, o cerrar un ojo…

—¿Qué quiere, señor Forrest?

—Información acerca de Stephanie Clifford.

—¿Se refiere a la muchacha por la que preguntó?

—Sí.

—Ya le dijimos todo lo que sabíamos.

—No sabían nada.

—Pues eso cerró el caso para nosotros.

—No para mí.

Me sonrió enseñando unos dientes de lobo.

—Para usted también, señor Forrest. Lo que dice el comisario Klein es ley en Newcombe City.

—Puede que sea Ley en Newcombe City, pero no en Nueva York.

—Usted está ahora en Newcombe City, se lo vuelvo a recordar.

Me tiró el puño a la cara, pero lo estaba esperando desde hacía unos minutos, de modo que ni me tocó. Al golpear en el aire se venció hacia mí y le ayudé a recuperar el equilibrio con un izquierdazo en el mentón. Fue un golpe seco, contundente y el tipo tropezó con la mesa y dio una vuelta por encima de ella y rodó por el otro lado.

Fue a estrellarse contra la pared, se movió débilmente y perdió el sentido.

Entonces se abrió la puerta y apareció un hombre tan alto como yo, pero más pesado, cara de facciones anchas, con muy poco cabello en el cráneo.

Miró a su ayudante, luego a mí, y dijo:

—Esto le va a costar caro, forastero. Palabra de comisario.

CAPÍTULO V

—CUIDADO, comisario, no se precipite en sus juicios

—¿Le ha pegado a Arnold?

—Tuve que defenderme.

—Usted lo tumbó.

—Sí. Lo tumbé.

—Entonces voy a detenerlo.

—Arnold trató de pegarme.

—Guarde su defensa para el juicio, Forrest.

—¿Ya sabe quién soy?

—Me hablaron de que había llegado.

—¿Quién le habló?

—Me llamó por teléfono Elliot Bowers.

—¿Dónde? Usted no estaba aquí.

—Tengo una casa, señor Forrest.

—Entiendo. Bowers le dijo que yo le molesté, que soy un tipo demasiado preguntón…

Agrandó los ojos.

—¿Cree eso? ¿Piensa de verdad que lo voy a detener porque no quiero que investigue?

—Solo me interesa saber el paradero de Stephanie Clifford. Fue por lo que me contrataron, comisario.

—Ya le di mi respuesta. No sabemos nada de Stephanie Clifford.

Saqué el telegrama.

—Lea esto.

Me arrancó el papel de un zarpazo y se puso a leer.

—¿Y qué? —dijo— Esto no significa nada. Ella debió cambiar de opinión y no vino a Newcombe City.

—Hay una forma de averiguarlo… El encargado del hotel Temple, Robert Fisham, envió el broche, el trébol de cuatro hojas, a ese apartado de correos, el 224.

Quedó un rato sin habla. Yo había cambiado de conversación hábilmente y olvidó el primer tema de discusión, el fuera de combate en que había colocado a su ayudante. Justamente ahora. Arnold volvió en sí y se levantó escupiendo maldiciones.

—Jefe —dijo—, salga de aquí por diez minutos… Lo haré pedazos, pero los meteré todos en la celda.

Miré al comisario, el cual no se movió.

—¿No me oye, jefe? ¡Váyase! —exclamó su ayudante.

—Sí, debo irme. Ahora recuerdo que me llamó la señora Ferguson.

Se movió hacia la puerta, pero le interrumpí el paso.

—Comisario, quiero decirle algo. Nunca he dejado que me peguen. Ni siquiera a un ayudante de policía de un pueblo… Como dijo Arnold, aquí ocurriría una carnicería, pero ya veremos qué pieza es la que se trocea.

Arnold gritó:

—¡Salga ya, jefe! ¡Por lo que más quiera, salga ya!…

El comisario tenía sus ojos fijos en los míos.

De repente dijo:

—Acompáñeme, Forrest.

Arnold se quedó con la boca abierta mientras salíamos.

En la calle, llené los pulmones de aire.

Entramos en la oficina de Correos. El encargado era un hombre de unos cincuenta años, de cabero canoso. Después de las presentaciones, el comisario dijo:

—Alfred, ¿quién es el titular del casillero 224?

Alfred arrugó el ceño.

—No puedo decirlo, comisario.

—¿Y qué tengo que hacer para que puedas decirlo?

—Usted lo sabe. Conseguir una orden judicial.

El comisario levantó la mano derecha que estaba vacía y dijo:

—Aquí tienes la orden judicial.

Estaba claro lo que iba a hacer si Alfred no le contestaba. Le estrellaría la mano contra la cara.

—Sí, Peter —dijo Alfred—. Se lo diré. El titular del 224 es Frederick Martin.

—Gracias, Alfred.

Salimos de la oficina de correos y el comisario se detuvo en el porche, sacó su pañuelo y se enjugó con él la frente.

—¿Quién es Frederick Martin, comisario?

—Llegó aquí hace cosa de un año… Compró una casa a tres millas del pueblo, hacia el Sur.

—¿Casado?

—No. Vino solo.

—¿A qué se dedicaba Frederick Martin?

—Me explicó que era escritor.

—¿Dónde escribe?

—No lo sé, pero fue lo que él dijo, que escribía… No siempre está en su casa. Quiero decir que va y viene.

—¿Adónde va?

—Lo ignoro, al Este, al Oeste… No lo sé.

—¿Cuánto duran sus ausencias?

—Dos semanas, tres…

—Es usted muy ambiguo, comisario.

—Soy muy ambiguo porque tengo muy pocas noticias que darle con respecto a Frederick Martin.

—¿Quién puede saber más cosas de él?

—Frederick Martin apenas viene al pueblo. Solo lo hace para comprar provisiones en el almacén de Douglas Farnum… Pero no creo que Farnum sepa que Frederick Martin más que yo.

—Jefe, le hace falta hacer algo importante.

—¿Qué cosa?

—Ver el casillero 224.

—Necesito una orden judicial. Ya oyó a Alfred.

Le sonreí porque sabía lo que haría en cuanto yo diese la vuelta. Volvería a la oficina y miraría en el casillero 224.

Aparté un billete de a cincuenta dólares del manojo que llevaba

en el bolsillo.

—¿Puedo hacer un donativo para el colegio de huérfanos, señor Klein?

El comisario se pellizcó el mentón, mientras miraba el billete y por fin dijo:

—Sí, señor Forrest, creo que se lo voy a admitir. Los huérfanos necesitan nuestros cuidados. Es una cuestión de humanidad.

Hizo una señal con la cabeza y entramos otra vez en la oficina.

—Alfred —dijo al encargado—, queremos ver el casillero 224.

Esta vez no necesitó exhibir la palma de su mano. Alfred dio un suspiro y dijo que lo acompañásemos.

Algunos casilleros estaban vacíos y otros contenían sobres o paquetes. En el 224 había un paquete.

Me adelanté al comisario y lo cogí. El remitente era Robert Fisham, del hotel «Temple».

—Ábralo, Forrest —dijo el comisario.

Saqué mi navaja, corté el cordel y quité la envoltura.

Era una caja de madera, cuya tapa desclavé con la navaja. Allí, entre algodones, estaba el trébol de cuatro hojas de oro con brillantes de imitación.

El comisario me lo quitó de las manos,

—No se puede quedar con esto, Forrest. Pertenece al señor Martin. ¿Me acompaña usted, comisario?

Titubeó y por fin dijo:

—Tengo que hacer unas cuantas cosas… Ya me reuniré con usted.

No me gustó la idea, pero no tenía otra a cambio.

—Está bien, jefe.

Lo dejé con Alfred y al llegar a la calle vi el taxi de Jonathan detenido ante una cafetería.

Entré en el local.

Jonathan estaba bebiendo un whisky.

—¿Todavía está vivo? —rezongó.

—El comisario y yo nos hicimos amigos.

—¿Cuánto le costó?

—Es usted muy sabio, abuelo.

—La vida, hijo, la vida…

—Quisiera hacer otra visita. Es un tal Frederick Martin. Su casa está a tres millas, al sur del pueblo.

—La conozco.

—¿Me lleva allí?

—No tengo otra cosa que hacer,

Le pagué el whisky que estaba tomando y salimos de allí para meternos en el taxi. No vi rastro del comisario ni de su ayudante.

Cuando ya habíamos salido del pueblo, encendí un cigarrillo y dijo:

—Jonathan, ¿qué me puede decir de Frederick Martin?

—Es un tipo extraño.

—¿Por qué?

—Me gusta pescar y un día encontré a Martín en el río… Traté de pegar la hebra, pero noté que no le interesaba mi compañía. Se fue de allí enseguida. Otro día cobré una gran pieza, una trucha de cuatro kilos. Pasé por la casa de Frederick Martin y me detuve, un momento para enseñársela. Al entrar en el jardín, oí unos golpes en la parte trasera y me fui hacia allí. Frederick estaba cavando en la tierra. Al verme se puso a gritar. Me dijo que por qué había entrado allí, que por qué lo espiaba, que me largase. Le dije que solo había ido allí para enseñarle una trucha. Entonces él me dijo que me fuese al infierno con mi pez y que lo dejara en paz…

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hará unos tres meses.

—¿Lo volvió a ver?

—Un par de veces, pero solo de lejos.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

Jonathan se quedó pensativo unos instantes.

—Ahora que me lo dice usted, ya hace más de dos meses que no lo veo…

—Según el comisario, a Frederick Martin le gusta viajar.

—Sí, eso parece.

—¿Cómo viaja?

—Tiene un automóvil, creo que un Ford modelo del año pasado… Ahí tiene la casa, a la izquierda.

Se llegaba a la casa por un sendero. La puerta y las ventanas

estaban cerradas.

Salté del vehículo y abrí la verja del jardín, el cual aparecía un poco descuidado. Subí al porche y apreté el timbre. Pasó un minuto y volví a llamar, pero tampoco hubo señales de vida.

El viejo Jonathan me contemplaba apoyado en la proa de su auto.

Bajé del porche y di la vuelta a la casa.

—¡Señor Martin!… —llamé.

No obtuve respuesta.

Llegué al fondo donde había una casa de madera. La puerta tenía un cerrojo pero, dadas las circunstancias, un cerrojo era muy poco para que yo lo respetase.

Manejé mi ganzúa y poco después la puerta quedó abierta.

Dentro estaba muy oscuro. Vi un par de azadas y un pico con restos de tierra seca. Oí pasos a mi espalda y salí de la choza.

Era Jonathan.

—Abuelo —le dije— ¿en qué lado vio cavando a Frederick Martin?

Jonathan se tironeó de la oreja y al fin detuvo la mirada en la izquierda, en donde crecían unas margaritas.

—Ahí.

Cogí un pico y una azada.

—¿Qué va a hacer, señor Forrest? — preguntó Jonathan.

—Un agujero.

Empecé a cavar. Al cabo de un rato, el sudor corría por mi cuerpo y me despojé de la chaqueta.

De pronto apareció una tierra más negra.

Dejé el pico y me valí de la azada.

Seguí ahondando un poco más hasta que tropecé con algo que no era tierra.

Era un trozo de tela. Tiré y saqué el esqueleto de una mano.

Jonathan lanzó un grito.

—¿Qué es eso? —gritó.

—Un cadáver, Jonathan.

—¡Dios mío!… Pero, ¿cómo está enterrado aquí?

—¿Necesita que se lo diga?

—¡Por todos los santos del cielo!… ¿Quiere decir que el señor Martin es un asesino?

—Me temo que lo es. Hágame un favor, Jonathan. Lléguese al pueblo y traiga al comisario.

—¿Y si no lo encuentro?

—Traiga al ayudante o a cualquier otro tipo de la oficina del comisario.

—Sí, señor. Ahora mismo voy.

Subió al coche y echó a correr.

Ahondé un poco más el hoyo, y la azada produjo un sonido metálico. Cogí aquel objeto y lo limpié de tierra. Entonces, pude ver lo que era. Un trébol de cuatro hojas.

Me dije que aquel cadáver no era el de Stephanie, ya que el trébol de la hermana de Elizabeth se había quedado en el casillero 224 de la oficina de correos de Newcombe City.

Tuve un presentimiento y mientras miraba a mi alrededor, me pregunté cuántos cadáveres más habría allí.

CAPÍTULO VI

DECIDÍ estarme quieto por un rato y fumé un cigarrillo.

Por fin, oí llegar un par de autos

El comisario avanzó hacia donde yo estaba, flanqueado por su perro guardián y por otro tipo pequeñajo, de nariz ganchuda.

Detrás, galopaba el viejo Jonathan, tratando de alcanzarlos.

Los componentes del grupo se detuvieron ante la fosa y miraron con expectación los restos de una cara, trozos del pecho, y unos dedos carcomidos.

Finalmente el comisario, dedicó su atención a mi persona.

—Ya imaginé que nos traería complicaciones, Forrest.

—¿No cree que debe felicitarme por mi suerte?

—Deje los sarcasmos para cuando esté en Nueva York.

—¿No cree que nos conviene atrapar a Frederick Martin?

—¿Cómo sabemos que lo hizo Frederick Martin?

—Es una pregunta que solo la podrá contestar Frederick Martin.

—Me está cansando con sus listezas, Forrest.

—Solo sugiero que necesitamos a Martin y que usted debe desplegar sus fuerzas para atraparlo.

—Sencillo, ¿verdad?

—No, quizá no lo sea, pero tiene medios para poner en marcha una buena maquinaria…

Soltó un gruñido y señaló el cadáver.

—Bien, por fin consiguió su Stephanie.

—No, jefe. No es Stephanie. Esa chica era morena, y su cuerpo no corresponde a la fotografía.

—¿Tiene esa fotografía?

—Sí.

—Démela.

Solo le di la de Stephanie vestida. Se puso en cuclillas y estuvo observando el rostro del cadáver y la foto. En esa posición, alzó la mirada.

—Escupa todo lo que piensa, Forrest.

—Quizá haya más mujeres enterradas aquí.

El ayudante del comisario, que mostraba en su barbilla la huella de mi puño, gritó con las venas del cuello hinchadas:

—¡Le dije que me lo dejase diez minutos, jefe…! Si me hubiese hecho caso, ahora no estarían pasando estas cosas. Ya lo ve. Se ha creído el amo de Newcombe. Se permite dar órdenes. Un poco más y le pisará el pescuezo, jefe…

—Arnold… Clark —dijo—, empezad a cavar.

—¿Es que le va a obedecer como si fuese su esclavo?

El comisario le pegó un revés con el dorso de la mano.

Arnold se tambaleó y, al quedarse quieto, sus ojos se llenaron de lágrimas y su nariz se puso roja.

—He dicho que a trabajar —dijo el comisario—, y el que rechiste se las tendrá que ver conmigo…

Ya no hubo discusión Arnold y Clark empezaron a cavar con el pico y la azada.

El comisario vino a mi lado, me devolvió la foto y encendió un cigarrillo emboquillado.

—Tuve que hacer un cursillo en Cheyenne. Nos obligaron, ¿sabe?… Nos hablaron de cosas muy científicas. No me avergüenza decirle que no comprendí la mayoría de ellas, pero se me quedó grabado el caso de Landrú, un francés que mataba mujeres, y el de un alemán que también mataba a las jóvenes.

—El vampiro de Dusseldorf.

—Sí, eso es —se echó a reír— Y ahora resulta que tenemos a un tipo de esos en Newcombe City.

—¡Jefe! —gritó Arnold—. ¡Aquí hay algo!

Los dos nos movimos hacia donde estaba el ayudante. Aquel algo era otro cadáver, el de una mujer probablemente joven, y también ella había sido enterrada con un trébol de cuatro hojas en

el pecho. Era una pelirroja.

Seguimos haciendo agujeros entre los cuatro y fue el propio comisario el que halló la tercera víctima. Había sido enterrada más cerca de la cabaña que las otras dos, y también ella contaba con su trébol de cuatro hojas.

—Arnold —dijo el comisario—, llégate al pueblo y trae a media docena de hombres. Y no olvides las herramientas. Vamos a levantar todo el jardín. Que venga también Don McPherson con su condenado aparato de laboratorio y el doctor Frank Moore. ¡Quiero que todo el mundo esté aquí antes de media hora!

—Sí, jefe. Ahora mismo voy.

El comisario me tomó del brazo.

—Hemos de entrar en la casa.

—Lo mismo le iba a sugerir.

Descerrajó la puerta de un disparo y entramos en aquella casa que durante un año había servido de alojamiento a un asesino de mujeres, como Landrú y como el vampiro de Dusseldorf.

Nos pusimos a registrar concienzudamente. Solo encontramos ropa de hombre, pero nada de mujer.

—¿Qué hizo Martin con el equipaje de las muchachas, Forrest?

—No podía dejarlos aquí. En su ausencia alguien podía haber entrado. Un vagabundo, un cazador… Entonces se habrían encontrado demasiadas maletas. No, Martin no podía correr ningún riesgo. Viajaba mucho. Con toda seguridad, después de liquidar una víctima, se llevaba su equipaje y se deshacía de él.

—Así debieron pasar las cosas, pero tampoco encontramos nada que nos sirva de pista.

—He examinado la ropa de él —dije— pero no sirve de nada. Es de almacén, y con toda seguridad fue adquirida en una ciudad grande, Philadelphia, Nueva York… Se adelantaría muy poco por ese lado.

—¿Cree que también encontraremos a Stephanie?

—No, no creo que esté aquí.

—¿Usted se refiere a que el broche, ese trébol, seguía en el casillero?

—Es la prueba de que Frederick Martin no trajo a Stephanie a esta casa.

—¿Qué pasó entonces?

—Fue el telegrama.

—¿El telegrama?

—Se rompió la buena racha de Frederick Martin. Se iba a casar con Stephanie en Las Vegas. Probablemente, decía eso a todas sus víctimas, pero luego simulaba que había cambiado de opinión y las traía aquí. Con Stephanie las cosas empezaron a ocurrir lo mismo que con las otras mujeres. Quiero decir que sacó a Stephanie de Nueva York para ir supuestamente a Las Vegas. En un momento determinado, Martin puso en práctica su truco de cambiar de dirección. Pero esta vez surgió lo inesperado. Stephanie había olvidado su trébol de cuatro hojas en el hotel Temple. Podemos imaginar lo que pasó… Ella no quiso decirle a su prometido que había olvidado el trébol. A escondidas, envió el telegrama, pero luego él lo supo… Cuando Frederick se enteró de que Stephanie había enviado su dirección en Newcombe, no tuvo más remedio que desistir de su plan. Su vida en Newcombe City se había acabado… Ahora existía una pista que lo señalaba. Si algún familiar de Stephanie investigaba el paradero de la chica, todo se podía ir abajo, y él sería fácilmente atrapado.

—Ese tipo está loco, y forzosamente ha de reaccionar como un desequilibrado mental… ¿Qué me sugiere que haga, Forrest?

Era conmovedor que aquel duro comisario pidiese mi asesoramiento.

—Yo me iré, Peter.

—¿Adónde?

—La pista de Frederick Martin termina y empieza en Center Point.

—Oh, sí, claro.

—Stephanie estaba viva en Center Point. Quizá pueda conseguir allí algo.

—Pero Stephanie ya debe estar muerta. Han pasado cinco semanas.

—Sí, es probable que esté muerta y enterrada como las otras.

Arnold llegó con los refuerzos y todos se pusieron a trabajar, incluido el técnico en laboratorio y el doctor Moore.

Yo no hacía nada allí y esperé unos quince minutos a que el

doctor examinase los restos.

—¿Puede decir la fecha de las muertes de las tres víctimas, doctor? —pregunté.

—Solo haré un pronóstico con posibilidades de error. Una de ellas fue muerta hace casi un año, me refiero a la morena.

Según el doctor, la pelirroja había fallecido hacía unos seis meses y por último, la otra morena, llevaba muerta entre tres y cuatro meses. Con ello quería decirse que el afán de matar de Frederick Martin iba creciendo a medida que aseguraba su impunidad, pero no podía por menos que hacerme una pregunta: «¿Y si los plazos eran solo casuales y Frederick Martin había dejado en otro lugar otro cementerio particular?».

Me despedí del comisario.

—Quiero tener noticias suyas, Forrest —dijo.

—No se preocupe, jefe. Se las daré.

Le dije a Jonathan que me llevase al aeropuerto.

Jack Howe estaba al pie de su avioneta, listo para despegar cuando llegué a su lado.

—Ya me iba a Cheyenne. Me cogió por los pelos.

—No vamos a Cheyenne.

—¿Adónde quiere ir?

—A Center Point.

—Es un viaje caro. Está demasiado al Este, y tendré que volver de vacío a Cheyenne.

—¿Cuánto?

—Trescientos.

—Trato hecho, Jack.

Poco después, el aparato se deslizaba por la pista y emprendíamos el vuelo hacia Center Point, el lugar en donde Stephanie Clifford, sin ella saberlo, había demorado su muerte. ¿O la precipitó y Frederick Martin la había matado poco después de salir de allí?

Juré que lo sabría muy pronto.

CAPÍTULO VII

JACK HOWE, al llegar a Center Point, me dijo que se quedaría a pasar la noche en el hotel «Las Tres Palmeras», y que al día siguiente saldría a las nueve para Cheyenne.

Yo me fui a la oficina de telégrafos, donde fui atendido por una mujer muy alta, con rasgos exóticos, y ojos que despidieron llamaradas de fuego al verme. Pero eso era natural. Encuentro a muchas mujeres para las que soy el tipo que han estado buscando durante toda su vida.

—Dígame qué puedo hacer por usted —murmuró con voz queda, como si yo fuese el náufrago que llegaba de la isla donde ella había naufragado cinco años antes.

—Quiero que me informe acerca de un telegrama.

—¿Lo puso usted?

—No, una amiga.

—¿Sabe que eso va contra el reglamento? —dijo.

—Lástima.

—No obstante, haré una excepción con usted.

Me acarició con los ojos y lo hizo con tanta fuerza que aposté a que me saldría sarpullido.

Le mostré el telegrama.

—Caramba, fue puesto hace ya cinco semanas.

—Así es. Y esta es la chica —le mostré la fotografía de Stephanie vestida.

—Oh, sí, ahora recuerdo.

—¿Algún motivo especial para que la recuerde?

—Al hombre que le acompañaba le disgustó mucho que pusiese el telegrama.

—Cuénteme eso.

—Ella entró sola… Escribió el telegrama y lo pagó. Parecía muy simpática, y ya estaba cerca de la puerta cuando apareció él.

—¿Cómo era?

Pensé que la joven me daría una buena descripción del tipo y acerté.

—De unos treinta y cinco años, rubio, muy guapo. Estaba furioso… Le preguntó a la joven qué hacía allí. Entonces, ella le dijo que había olvidado un broche en un hotel de Nueva York, y que había decidido mandar un telegrama sin que él lo supiese. El rubio se llenó de ira, y le dijo que no debía haber hecho eso, que él le habría comprado otro broche… Ella, aturdida, le contestó que podría retirar el telegrama. Yo había pasado el telegrama a través de la ventanilla a mi compañero Tom, y lo estaba enviando en ese momento. Se lo dije al rubio y él titubeó unos instantes y por fin dijo: «Bueno, ya no se puede arreglar». Cogió a la joven del brazo y los dos se fueron.

—¿No los volvió a ver?

—Yo salí porque me llenó de curiosidad la pareja. Los vi entrar en el restaurante de Helen Nixon. Está cuatro casas más arriba. Eso fue todo.

—Me dio una buena información.

—Soy Shirley Green.

—Gracias por todo, Shirley.

—¿Se va a ir ya?

—Quizá me quede un poco.

—Yo también voy al restaurante de Helen cuando termino. Lo haré dentro de un par de horas.

—Celebraré que nos volvamos a ver. Dependerá de mi trabajo.

—Todavía no me dijo su nombre.

—Kenneth Forrest.

Le sonreí y salí.

Aquella chica carecía de inhibiciones, y gracias a ella sabía todo lo relacionado con el famoso telegrama que me había puesto en marcha desde Nueva York.

Entré en el restaurante y ocupé una mesa.

Un camarero de unos cuarenta años se acercó y me entregó la carta. Elegí dos platos y antes de que se mar uñase, dije:

—Una amiga mía estuvo aquí hace unas semanas… No venía sola, la acompañaba un hombre —una vez más enseñé la fotografía de Stephanie.

—No recuerdo —dijo.

—¿Cuántos compañeros tiene?

—Cuatro.

—¿Quiere enseñarles la fotografía? —al mismo tiempo le alargué un billete de a cinco dólares.

—Desde luego —contestó haciéndose cargo del dinero y de la foto.

Al cabo de un rato regresó con otro camarero, un muchacho de unos veinticinco o veintiséis años, de cabello rojizo como el azafrán y cara pecosa.

—Este es Glenn, y dice que recuerda a la chica…

—Adelante, Glenn —cabeceé.

—Verá, ha pasado mucho tiempo.

Se refería probablemente a los cinco dólares que yo le había dado al primer camarero. Le entregué a él otros cinco y le dije:

—Para que engrases la memoria.

—Muy amable, señor.

Miró al techo y luego bajó los ojos.

—Ella me llamó la atención.

—¿Por qué, Glenn?

—Porque era una preciosidad… Y por otra cosa… Estaba llorando.

—¿Por qué lloró?

—Él la estaba riñendo.

—¿Los atendiste tú?

—Desde luego.

—Debiste oír algo entonces.

—Sí, siempre se oyen algunas palabras sueltas.

—¿Por ejemplo?

—Él le estaba diciendo que no irían a cierta ciudad.

—¿Recuerdas su nombre?

—No. Han pasado ya muchos días.

—¿Newcombe City?

—¡Eso es! Newcombe City…

—Continúa.

—Él le habló de ir a otra parte.

—¿Adónde?

Vi en su cara de granuja que lo sabía, pero quería más dinero, y agregué otro billete de a cinco dólares.

El pelirrojo pareció pensar unos instantes y por último dijo:

—Ya está. Reno.

—¿Estás seguro?

—Claro que lo estoy.

—Es raro que él lo dijese si tú en ese momento les estabas atendiendo.

—Yo no les estaba sirviendo a ellos, sino a los de la mesa vecina… Estaba de espaldas. No se puede imaginar la de cosas que oímos así. Unas veces nos importa y otras no. A mí esa vez me importó porque la chica era muy mona… Perdone si es su mujer.

—No, no es mi mujer. ¿Vistes adónde fueron?

—Tenía el coche en la estación de servicio de enfrente. Hable con mi compañero Colin y dígale que lo mando yo.

—¿Por qué Colin?

—Porque él atendió el coche. Colin y yo estuvimos hablando de la chica más tarde…

Despaché los dos platos y tomé café, y me fui a la estación de servicio.

Colin resultó ser un tipo de la misma edad que Glenn, rubio.

—Oh, sí, ahora recuerdo —dijo después de exponerla lo que creí conveniente—. La rubia era de campeonato. ¿Hermana suya?

—No, y tampoco es pariente. ¿Adónde fueron?

—Hacia Salt Lake City.

—Un Chrysler azul blanco, modelo de este año.

—¿Hicieron algún comentario sobre su viaje?

—No, pero yo vi que fueron hacia la pista y tomaron la dirección de Salt Lake City.

—¿Quizá hablaron de Reno?

—No, ya le he dicho que no hablaron de ninguna, otra ciudad… Glenn me habló de eso luego, que se iban a Reno, pero yo no lo oí.

Gasté otros cinco dólares en recompensar su información y me largué al hotel «Las Tres Palmeras».

Jack se alojaba en la habitación 17 y aporreé la puerta.

—¿Qué pasa? —gritó.

—Ábreme. Soy Kenneth Forrest.

Abrió. Estaba en camiseta y se restregaba los ojos.

—Quería dormir un poco porque suponía que lo volvería a ver, Forrest.

—Vístase. Nos vamos.

—¿Adónde esta vez?

—A Reno.

—Eh, ¿por qué no utiliza un coche? Le saldría más barato.

—Por una sencilla razón. Quiero encontrar viva a una mujer que tiene todas las probabilidades de estar muerta.

CAPÍTULO VIII

YA estaba en Reno, la más pequeña gran ciudad del mundo.

Jack Howe dijo, cuando llegamos al centro de la ciudad en un taxi:

—Voy a continuar durmiendo en el hotel Cavanagh.

Le había pagado como siempre, ya que ignoraba si necesitaría sus servicios.

Dejé al piloto en el hotel y me fui a la oficina de mi amigo Joseph Morris.

Joe había trabajado como investigador para una compañía de seguros, pero años atrás cometió el grave error de falsear unos documentos para cobrar una prima. Todo fue descubierto, aunque Joe salió bien librado porque lo atraparon cuando solo había gastado un centenar de dólares. Hizo una transacción con sus patrones, devolvería el dinero y ellos se abstendrían de denunciarlo a la policía. La compañía de seguros aceptó, pero Joe Morris encontró cerradas todas las puertas para poder ejercer su profesión. Trató de arreglárselas en un lugar donde no lo conociesen y se fue a Reno y montó un pequeño bochinche especializado en trabajar para esposos que buscaban al cónyuge descarriado.

Entré en la sala de visitas.

Ante la máquina había una pelirroja que hubiese ganado mucho más dinero exhibiéndose en un espectáculo.

Se cubría con un jersey blanco muy escotado por el cuello, los brazos desnudos. Era una maravillosa tela porque hacía notar sensiblemente sus encantos. Poseía unos ojos verdes muy claros, y una boca que estaba pidiendo besos.

—Caramba, se ve que Joe prosperó mucho —dije admirado.
—¿Es amigo del jefe?
—Bastante.
—¿Quizá su nombre es Kenneth Forrest?
—No me digas que trabajaste con un mago y se te pegó algo.
—El señor Morris me habló mucho de ti, Kenneth.
—Seguro que todo lo que dijo fue bueno.
—Nada.
—A Joe le voy a romper la nariz…
—Me contó que tuvo dos novias y que le quitaste las dos.
—Eran dos chicas poco recomendables. Le habrían hecho un desgraciado. Joe tenía la manía de casarse y por eso terminó por recalar en Reno…
—Pero no se casó.
—Bueno, eso quiere decir que mis enseñanzas sirvieron para algo y, por seguir la tradición, me gustaría quitarle la novia de ahora.
Así diciendo le puse un dedo sobre el hombro. Si se estaba quieta, bajaría la yema por su piel.
—Quítame la mano de encima, o serás tú el que sufras los desperfectos en la nariz. No soy la novia de Morris.
—Debí imaginar que Joe no podida, conseguir una chica como tú.
—Soy solo su secretaria.
—Estupendo.
—¿Por qué estupendo?
—Porque podemos empezar nuestras relaciones muy formalmente. Ya no soy el muchacho que conociste a través de lo que te contó Joe. Ahora soy muy serio.
—Dame una prueba.
—¿Esta noche?
—Ahora, Kenneth.
Me incliné sobre ella y saltó de la silla.
—¿Qué vas a hacer? —preguntó.
—Me has pedido una prueba de mi formalidad y yo solo conozco una, un beso sin apasionamiento.

—No me refería a esa clase de prueba.

—¿No? ¿Y cuál es entonces?

—Habla con Joe y dile que me pague los tres meses que me debe.

—¿Eh?

—Es por lo que aguanto aquí. Soy una tonta. Debí marcharme el primer mes, pero Joe me convenció de que me pagaría a la semana siguiente y así han pasado tres meses…

Hice chascar la lengua…

—Este Joe es un bribón. Yo le arreglaré las cuentas. ¿Está ahí? — señalé la puerta del fondo.

—¿No oyes los ronquidos?

Caminé hacia la puerta y pude oír los ronquidos.

—Kenneth —dijo la pelirroja— podría ser un buen detective, pero gasta su dinero en el juego.

—Quizá a él le gustaría invertirlo en una pelirroja

—De eso nada. No es mi tipo.

—¿Y cuál es tu tipo, nena?

—No te hagas ilusiones. Tú tampoco.

—No debiste darme esa noticia, tan dura. Podría crearme un complejo de inferioridad para el resto de mi vida.

Se echó a reír, y entró en la habitación donde dormía Joe Morris.

Estaba tendido en un diván, con la boca abierta y eso era lo que le hacía roncar.

Me incliné sobre su oreja y grité:

—¡Sargento Cody!

El sargento Cody había sido un hijo de perra que nos había hecho la vida imposible en el ejército. Joe le había llegado a tener miedo enfermizo.

Se levantó de un salto gritando:

—¡Yo no lo hice, sargento Cody!… ¡Yo no lo hice!…

Trató de mantenerse en pie, haciendo un saludo militar.

—Cálmese, soldado Morris —dije—. Después de todo, solo lo voy a recomendar para una corte marcial que terminará con su ahorcamiento…

Pestañeó unas cuantas veces.

—¡Kenneth!… ¡Ahora es cuando te corto el pescuezo…!

—¿Es así como saludas a un viejo camarada?

Se había dirigido hacia la mesa en busca del abrecartas para degollarme y yo me senté en un sillón.

—Te voy a pagar cincuenta dólares a cambio de un trabajo, Joe.

Interrumpió la búsqueda del abrecartas y me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué tengo que hacer?

—Buscar a una pareja.

—¿Adónde?

—En Reno.

—Cien dólares.

—No, muchacho. El trabajo es sencillo… Conozco el nombre de soltera de ella y tengo un par de fotografías.

Se sintió decepcionado.

—¿Solo eso?

—Por eso te ofrecí cincuenta dólares. Tú sabes que siempre pago bien, aunque se trate de un trabajo rutinario.

—Lo hago porque eres mi amigo.

Saqué las dos fotografías.

—Demonios, es hermosa… — comentó.

—Sí, lo es tanto como tu pelirroja.

—¿Ya echaste el ojo a Marian?

—¿Crees que alguien podría llegar hasta aquí sin verla?

—No. Ya sé que tú no padeces ninguna enfermedad en los ojos. ¿Qué le sonsacaste?

—No hizo falta. Ella me contó una parte de la historia de su vida. La más dramática. Su jefe no le paga desde hace tres meses.

—¿Puedo hablarte como a un hermano, Kenneth?

—No hace falta. Te quieres casar con ella.

Se pasó una mano por la nariz y gimió:

—Y ahora llegaste tú… Otra vea me echarás a perder el matrimonio…

—Recuerda que siempre te libré de un mal paso.

Me dirigí hacia la puerta.

—Mientras tú trabajas, yo invitaré a almorzar a tu secretaria. Trataré de hacer todo lo que pueda por ti, Joe.

Levantó el puño cerrado.

—Aparta a Marian de mí, y hago lo que no hice hasta ahora.

—Ah, se me olvidaba… El nombre de ella es Stephanie Clifford y el chico se hacía llamar Frederick Martin —a continuación describí al rubio Martin, pero no le dije cuál era su afición favorita, enterrar a hermosas jóvenes.

En cuanto Joe se enterase de ese aspecto de la cuestión, me pediría por su trabajo no menos de doscientos dólares.

La pelirroja estaba subida en una silla, colocando una carpeta en uno de los cajones más altos de un armarlo.

La chica estaba sugestiva en aquella posición porque poseía unas piernas esbeltas, de pantorrillas torneadas.

—¿Te ayudo, pequeña? —le dije.

—¿Ya le hiciste un préstamo a Joe para que me pagase?

—Le di trabajo rentable. ¿No sabes el viejo proverbio? Si prestas a un amigo, pierdes el dinero y al amigo.

—Tú eres un pozo de sabiduría.

—He pensado que podía inculcarte algo de mi rica experiencia si me acompañases a almorzar.

—Gracias. Yo paso.

—Tu jefe nos ha dado permiso.

—Mi jefe podrá decir lo que quiera, pero yo adopto mis propias decisiones.

—Una chica independiente, ¿eh?

—Desde los pies a la cabeza.

La miré de los pies a cabeza y palabra que me mareé.

No sé qué vería ella en mis ojos que quiso bajar enseguida y se tambaleó. Pero allí estaba yo, el chico eficiente, para sostenerla por la cintura.

—Aparta la zarpa, Kenneth.

—¿Por qué no has de comprenderme, Marian? Soy un forastero que se encuentra muy solo en esta ciudad, y que necesita la dulce compañía de una inteligente mujer como tú.

—¿Sabes que perdiste tu tiempo, Kenneth? Debiste dedicarte a escribir melodramas para la T.V.

Me apartó la mano que yo había bajado unas pulgadas hacia su cadera.

—Sigue tu camino, hermano —dijo.

—Como tú quieras, Marian. Pero algún día llamarás a mi puerta.

—Oh, sí, y no me abrirás.

—Todo lo contrario. Dejaré que entres y que te eches a mis pies y que llores…

—Eso te salió muy mal.

—Dile a tu jefe que estaré durmiendo en el hotel Cavanagh. Solo, Marian. No hay ninguna señora Forrest.

—Muy amable por tu aclaración.

—Soy un tipo muy fino.

Me fui al hotel Cavanagh y me dieron la habitación número 90. Jack Howe estaba en la 77.

Me había movido mucho desde que recibí en mi apartamento de Nueva York la visita de Elizabeth Clifford y no tardé dos minutos en dormirme.

CAPÍTULO IX

NO sé el tiempo que había transcurrido.

De pronto un vozarrón gritó en mi oído:

—¡Sargento Cody!

Me levanté de un salto y también debí hacer el saludo militar.

Joe estaba sentado en el borde de la cama, riendo.

—Bien, ya tuviste la compensación —le dije.

Sacó un diario del bolsillo y me lo arrojó a la cara. El periódico cayó en el suelo.

—Lee eso —dijo Joe.

Miré la primera página, que exhibía unos titulares grandes como los que anunciaron la entrada de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. «Un loco asesino de mujeres. Tres víctimas en Newcombe City. El desequilibrado está suelto».

Me fui al pequeño cuarto de baño y puse la cabeza bajo el agua.

Joe apareció en el hueco.

—Era un asunto rutinario, ¿eh, Kenneth?… —rio.

—Deja los sarcasmos y desembucha.

—Eso es lo que voy a hacer.

—Buen chico.

—Por quinientos dólares…

—No hay ningún informe que valga quinientos dólares.

—Tuve que hacer mucho gasto para conseguir algo bueno.

—Joe eres el tipo más repugnante que existe en Reno, en Nevada, en todo el país… Pero me hago cargo de que te encuentras en la mala. Por eso no pagas ni a tu secretaria… Te daré cien.

—Cuatrocientos.

—Voy a perder todas mis ganancias en este caso, pero cuenta con ciento cincuenta.

—Trescientos y no bajaré un centavo.

Quería ayudar a Joe, a pesar de lo bastardo que era, y sacudí la cabeza.

—De acuerdo. Doscientos cincuenta…

—¿Tienes ahí el dinero?

—Sí, lo tengo.

—Suéltalo.

—¿Es que no te fías de mí?

—No, no me fio.

Saqué un fajo de billetes de la cartera y le di cinco billetes de a cincuenta dólares.

—Vamos escupe, Joe.

—Frederick Martin es ahora Edward Baxter.

—¿Y ella?

—La señora Baxter.

—¿Dónde se casaron?

—En Reno, naturalmente. En la oficina del juez Charles Fleming.

—¿Qué día?

—El 8 de octubre. Si quieres la hora también te la puedo dar. Las tres de la tarde.

—Continúa.

—El nombre de soltera de ella es Norman Shannon.

—Es Stephanie Clifford.

—Estábamos hablando de la misma chica, porque el juez y los dos testigos han identificado a la muchacha.

Sin embargo, ella era Norman Shannon en el momento de casarse…

—No me gusta.

—Piensas lo mismo que yo… El tipo ya la habrá matado.

—¿Adónde fueron?

—Dieron un domicilio en Chicago. Calle 134, número 2.026…

—¿Preguntaste si salieron de Reno?

—Tengo un par de muchachos trabajando en los hoteles. Es por lo que me vas a dar los otros doscientos cincuenta dólares.

—¿Qué?

—¿Cómo quieres que pague con doscientos cincuenta dólares? Los dos muchachos que trabajan para mí tienen que ganarse a la gente, y tú sabes cómo se hace. De modo que, decide. Si no quieres pagarme los otros doscientos cincuenta tendré que retirarlos de la investigación.

Hice rechinar los dientes, pero saqué los otros doscientos cincuenta dólares y se los di. Para empezar. Joe había hecho un excelente trabajo, y si me daba una pista de los esposos Baxter, daría por buena la inversión de los quinientos morlacos.

—¿Te dieron alguna noticia de los contrayentes?

—El juez Fleming dijo que parecían dos novios normales.

—Me gustaría verle la cara cuando lea ese diario.

—Pero uno de los testigos, el jardinero del juez, dije algo interesante.

—Suéltalo ya y si quieres conservar la cara que tienes, no me pidas un dólar más.

—El jardinero se llama Clark Darrow. Estaba en el Jardín regando unas flores cuando llegó el asesino con su chica. Dice que se detuvieron en el porche y que él le dijo: «Cariño, no te preocupes. Te voy a comprar un broche exactamente igual».

—¿Estás seguro de que fue eso lo que dijo?

—Sí.

—¿No lo inventas, Joe?

—¿Por qué habría de inventarlo?

—Porque has leído el diario y te has informado de que Frederick Martin mató a sus víctimas enterrándolas con un broche que era un trébol de cuatro hojas, y quizá piensas que lograrás sacarme más dinero si yo te encargo ese aspecto del asunto, la búsqueda de un negocio de Reno en que se haya vendido un trébol de cuatro hojas en oro y brillantes de imitación.

—¿Por qué eres tan tortuoso, Kenneth? Solo trato de ayudarte. Clark Darrow oyó eso y yo te lo repito porque soy honrado.

—¿Desde cuándo? No derrames más lágrimas. Hace tiempo que dejé de ser sentimental…

Me estaba vistiendo muy aprisa.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

—No puedo esperar a que tus chicos te den alguna información. Ni siquiera sé si es verdad que los pusiste a trabajar para ti.

—¿Otra vez, Kenneth?

Lo apunté con el dedo.

—Quiero que te des cuenta de esto, Joe… Las cosas se van a poner muy feas para Stephanie Clifford… Hasta ahora Frederick Martin contó con la suerte. Pero pronto se va a encontrar con que sus crímenes han sido descubiertos…

—Sí, me hago cargo. Y también existe la posibilidad de que Stephanie lea el diario.

—Espero que no lo haga. Esto sería su sentencia de muerte.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero hay algo que no comprendo. Tú das por sentado que ella está viva.

Era verdad. Habían transcurrido muchos días desde el matrimonio entre el asesino y su próxima víctima. ¿Iba a esperar él tanto tiempo para matarla? Encontré un argumento en favor de Stephanie.

—Quizá ella estaría muerta si él la hubiese logrado llevar a Newcombe City. Allí tenía su casa y su cementerio particular… llegaba tranquilamente en su automóvil, seguramente por la noche para que nadie pudiese ver a su víctima… Y hay que suponer también que la mataba en unas horas, durante la primera noche.

—Sí, eso parece sensato.

—Métete en la piel de asesino… Has de abandonar tu lugar de operaciones… Tienes que buscar otra casa como la de Newcombe City…

—¡Eso es! Ha tenido que alquilar una casa.

—Habla con los Agentes de Bienes Raíces de la ciudad.

—Tendremos que reconsiderar lo del dinero.

—¡Vete al infierno, Joe!

—Kenneth, no trato de aprovecharme de ti. A cada momento, la investigación adquiere mayor envergadura.

—Ponte a trabajar, maldita sea, y deja de apostar por un par de días, hasta que le hayamos hincado el diente a este maldito asunto.

—Me retiré del juego.

—Cuéntaselo a tu abuelita.

—Pobre vieja. Ella se alegraría mucho de verme de nuevo… desde el cielo.

Me puse la funda sobaquera con la pistola.

—Eh, Kenneth —dijo Joe—. ¿Qué me dices del cambio de nombre de Stephanie?

—Frederick Martin le debió contar una historia para justificar ese cambio.

—Debe ser un tipo muy convincente.

—Stephanie está enamorada y a nuestro amigo Frederick le resulta fácil colocar sus leyendas. ¿Qué haces ahí parado? ¡Lárgate!

—¿Cómo me pongo en contacto contigo?

—Llamaré de vez en cuando a la oficina. Imagino que Marian estará allí.

—Sí, le pedí que se quedase… A propósito de ella, Kenneth… Esta vez no hay duda de que es la mujer de mi vida, que me voy a casar con ella, que tú no lo impedirás…

—De acuerdo. No me meteré con tu pelirroja, pero trabaja rápido en el asunto de Stephanie. Es la única mujer que me importa ahora…

CAPÍTULO X

ENTRÉ en la joyería y me atendió una rubia muy estilizada que al sonreír se le hacían hoyuelos en las mejillas.

—¿Cómo está de broches?

—Muy bien —me contestó.

La verdad era que estaba perfectamente de todo,

—Le mostraré algunos —dijo.

Sacó una bandeja con piso de terciopelo en la que descansaban una docena de broches. Los había de todas clases y tamaños, lazos, troncos, alfileres…

—No veo lo que busco —dije.

—¿Tiene ya una idea concreta?

—Desde luego. Quiero un trébol.

—Tengo uno muy mono.

Sacó otra bandeja y me señaló un trébol

—No es lo que necesito.

—Pero es un trébol de platino con brillantes.

—Es de tres hojas. Yo lo quisiera con cuatro… Se lo vi a una amiga mía, en Nueva York.

Se mordió el labio inferior.

—Tengo un broche de esa clase.

—¿Dónde está?

—Casualmente, se lo llevó un cliente.

Sentí que el corazón me daba un vuelco.

—¿Quién?

—Un caballero.

—¿Cómo se llama ese caballero?

—Ronald Merrett.

La joven pestañeó, confusa.

—Es director de un Banco, grueso, de unos cincuenta años… El señor Merrett me telefoneó diciendo que no se quedaba con el broche porque a su mujer no le gustaba. Si quiere esperar, yo le llamaré para que me lo envíe con un recadero…

Había perdido mi interés por el señor Merrett y por el broche del señor Merrett.

—Oiga, ¿no vendió otro de esa clase?

—No, señor.

—¿Hay otras establecimientos en la ciudad que puedan tener ese broche?

—Quizá.

—Supongo que usted recordará quién le trajo el broche. Me refiero al vendedor, al representante de la casa…

—Es el señor Harvard, pero no está en Reno. Vive en Las Vegas.

—¿Tiene su dirección?

—Tendré que buscarla. Será cuestión de unos minutos.

Desapareció por una puerta. Dos empleados estabas atendiendo a otros tantos clientes.

Encendí un cigarrillo cuando apareció la rubia. Y justo en ese momento también apareció un policía de uniforme acompañado de un tipo de paisano.

—¡Este es el hombre, teniente Collier! —exclamó la rubia estilizada.

El hombre de paisano me puso una mano en el hombro.

—Queda detenido.

—¿Por qué?

—Tendrá que responder unas cuantas preguntas, señor Martin.

—¿Qué nombre ha dicho?

—Martin. Frederick Martin.

Me pasé una mano por la cara. En otras circunstancias habría reído a mandíbula batiente. Yo quería cazar a Frederick Martin y ahora resultaba que me cazaban a mí bajo la falsa personalidad de Frederick Martin. Pero debía admitir que yo tenía la culpa. ¿No habían publicado los diarios la forma que Frederick mataba a sus

víctimas? Después de muertas, las enterraba adornándoles al pecho con un broche que era un trébol de cuatro hojas, y yo había llegado allí preguntando por un broche de aquella clase, y, naturalmente, la rubia me había tomado por el loco asesino.

—Teniente, soy Kenneth Forrest.

—No me diga.

Moví la mano hacia el bolsillo interior de la chaqueta y el agente sacó su pistola.

—Quieto o disparo.

—Solo trataba de mostrarle mi credencial — dije al eficiente policía.

—Ponga las manos en la cabeza.

Di un suspiro y puse las manos en la cabeza, como él quería.

Entonces, el propio agente me sacó la cartera y la entregó al teniente Collier. Este examinó mi credencial y soltó una risita.

—Yo también lo encontré divertido —dije.

—No se enfade, Forrest. Debió pedir nuestra ayuda. Pero quiso hacerse el héroe.

—¿Puedo bajar las manos, teniente?

—Oh, sí, desde luego.

La rubia que había querido cumplir con su deber de ciudadana, gritó:

—Teniente, ¿quiere decir que no es el asesino?

—Solo es el sabueso que removió el asunto.

—¡Oh! —dijo la empleada de la joyería haciendo una monería con los labios.

El teniente me tomó del brazo y me llevó a un rincón.

—¿Qué le hace suponer que el asesino está en Reno, Forrest?

—Sigo una pista.

—Hable de ella.

—Un muchacho en una estación de servicio me dijo que el loco y la última chica que lo acompañaba vinieron acá…

—¿Y usted ha comprobado que fue así?

—Olvídelo, teniente.

—Se ha metido en mi jurisdicción, Forrest, y desde ahora ya no puedo permanecer con los brazos cruzados.

—Le causaré pocas molestias, teniente.

—Déjese de eso, Forrest. Tengo una responsabilidad ante mi jefe y ante los ciudadanos… ¿Quién le ha confirmado que estuvieron aquí?

No me gustaba cómo se estaban poniendo las cosas.

—Teniente, voy a ponerle las cartas boca arriba.

—Lo prefiero. Hágalo.

—Debe estarse quieto. Si el asesino se informa que usted trata de establecer un cerco, no vacilará en matar a la chica.

—¿Qué le hace suponer que continúa viva?

—Quiero mantener la esperanza.

—Debe existir otra razón.

—Frederick Martin y Stephanie Clifford se casaron aquí el 8 de octubre ante el juez Fleming. Utilizaron los nombres de Edward Baxter y Nora Shannon.

—Muy emocionante.

—No lo digo para emocionarle, sino para que se dé cuenta de cuál es la situación. Ese tipo es un desequilibrado y, admitiendo mi hipótesis de que Stephanie continúa viva, él no vacilará en acabar con la muchacha porque así podrá huir con más probabilidades de éxito.

El teniente Collier se rascó una mejilla.

—¿Qué más sabe, Forrest?

—Ahora estamos a la par.

—¿Espera que lo crea?

—Oiga, este es el tercer establecimiento de joyas que visito. Puede suponer cuál era mi propósito… Pensé que podría tener suerte, y que quizá alguien habría comprado recientemente un trébol de cuatro hojas de oro y brillantes de imitación.

—Eso quiere decir que da por sentado que va a seguir matándolas con ese capricho.

—Uno de los testigos de la ceremonia ante el juez Fleming fue su jardinero. Vio llegar a los novios y les oyó hablar en el porche. Él dijo a su prometida que le iba a comprar otro broche.

—Está bien. Investigaré por ese lado.

—No hay forma de que se esté quieto, ¿eh?

—Ustedes, los investigadores privados, no comprenden la

situación de un policía que es pagado con dinero de los contribuyentes. No voy a consentir que un asesino manche nuestra ciudad.

—Si veo a Frederick le diré que puede matarla en cualquier parte a excepción de la más pequeña gran ciudad del mundo…

El teniente Collier me golpeó con el dedo índice en el pecho.

—Haga su trabajo. Yo no se lo impido, pero deje que haga yo el mío…

Hizo una señal con la cabeza al policía y los dos salieron del local.

Fui a la oficina de Joe.

La pelirroja se estaba retocando los labios. Sobre la mesa había un diario en el que se hablaba de los crímenes del loco asesino.

—No sabía que fueses un hombre tan importante… —dijo.

—Traté de decírtelo, pero tú no me dejaste. ¿Ha llamado, Joe?

—No.

—Me gustaría saber qué está haciendo con mi dinero,

—¿Cuánto le entregaste?

—Quinientos dólares.

—Qué miserable.

—¿No te pagó?

—Ni un centavo. Me dijo que esperaba cobrarlo ti y que luego me pagaría.

Me eché a reír.

—Ya lo ves. Después de todo, no conoces a los hombres. Te fías de los tipos vivos y tratas de alejarte de los honrados que quieren echarte una mano…

Sonó el teléfono y ella lo atendió.

—Kenneth Forrest está aquí, jefe bastardo.

Hizo una pausa y me alargó el auricular.

—¿Qué pasa, Joe? —pregunté.

—Di con ellos, Kenneth… Edward Baxter, alias Frederick Martin, alquiló una casa a unas cinco millas de Reno,

CAPÍTULO XI

EL coche conducido por Joe corría como una flecha por una carretera secundaria.

Joe había venido a por mí a la puerta de su oficina y ahora me estaba ampliando los detalles.

—Alquilaron la casa el mismo día que se casaron… La operación se hizo a través de William Davis, Agente de Bienes Raíces. La casa es propiedad de un tal John March…

—¿Ha vuelto a ver Davis a Frederick Martin?

—No.

Le conté lo que me había pasado en la joyería con el teniente Collier y, después de soltar una carcajada, dijo:

—El teniente es un hueso duro de roer. No consiente intromisiones y es raro que no te haya encerrado bajo la acusación de cualquier cargo… Estamos llegando.

—Para el coche lejos de la casa.

Saqué la pistola y me aseguré de que estaba en condiciones.

Joe detuvo el coche entre unos árboles, al pie de una colina, donde se alzaban algunas casas.

—¿Cuál de ellas es?

—La más alta.

Trepamos por un sendero y aprovechamos los arbustos para aproximarnos sin ser vistos. Finalmente, pudimos ver el jardín y el porche de la casa. No se veía a nadie. Las puertas y las ventanas estaban cerradas, lo mismo que la cochera.

—Espérame —dije a Joe.

Salté la verja del jardín y subí al porche.

Utilicé una de mis ganzúas haciendo muy poco ruido. El vestíbulo estaba casi a oscuras y no tardé en cerciorarme de que la casa estaba abandonada.

Hice una señal a Joe desde el porche para que se reuniese conmigo.

Los dos hicimos un registro concienzudo, pero esta vez no encontré ni ropa de hombre.

Oímos un coche que frenaba en la puerta y yo salí corriendo.

El teniente Collier me hizo un saludo, mientras salían del coche policiaco varios hombres con picos y palas. Allí quedaba explicada la gentileza del teniente conmigo. Nos había seguido.

—Llegamos tarde, teniente. El pájaro voló.

—Pero quizá dejó un recuerdo. ¿No le parece?

Me estremecía pensar que Stephanie Clifford estuviese encerrada allí, pero, ¿no era lo más lógico?

Llegó otro coche policiaco y salieron más hombres.

—Técnicos del laboratorio —dijo Collier—. Son gente especializada y los muchachos no tendrán necesidad de cavar improvisadamente.

Joe salió de la casa y, al verlo, Collier dijo:

—Joe, te advertí que si te metías en otro lío, te haría expulsar de la ciudad.

—¿A qué lío se refiere, teniente?

—Si encontramos aquí una chica que haya sido asesinada, ya te habrás metido en un lío.

—Eh, teniente. No imaginará que yo soy el sádico loco.

Collier hizo un gesto huraño y se marchó con sus muchachos hacia la izquierda del jardín.

Yo me senté en la escalera del porche y Joe lo hizo a mi lado. Los dos encendimos cigarrillos. Había que tomarlo con paciencia.

Durante una hora, los muchachos de la policía estuvieron haciendo agujeros, pero en ninguno dio resultado.

El teniente se acercó a nosotros, limpiándose el sudor de la frente con un pañuelo. Algunos de sus hombres habían estado interrogando en las casas vecinas.

—Nadie sabe nada —declaró Collier—. Solo una persona llegó a

ver a Frederick Martin. Una mujer. Fue hace cuatro días. Frederick Martin o Edward Baxter salió al jardín un momento, hizo un poco de gimnasia y se metió otra vez en la casa… Nadie vio a la chica. Eso es todo… Ni siquiera vieron el automóvil.

Yo me puse en pie.

—Gracias por su informe, teniente… Vámonos, Joe. Aquí no hacemos nada.

El teniente nos acompañó hasta la verja y dijo:

—Eh, Forrest, ¿por qué no vuelve a Nueva York?

—Va a saber enseguida por qué no me voy a Nueva York. Un cliente me confió una misión y todavía no la he cumplido.

Viajamos hasta la oficina de Joe en silencio.

Marian, para variar, se estaba manicurando las uñas.

—¿Alguna noticia, Marian? —preguntó Joe.

—No. Nadie volvió a llamar… Pero, ¿qué pasó en la casa de ese asesino?

Joe se lo contó con pocas palabras.

Yo paseaba de un lado a otro, malhumorado.

Sonó el teléfono y Joe lo atrapó.

—Habla Bob… ¿Cómo?… Espera —cubrió el micro con la mano—. Es Bob Holmes… Dice que dio con la joyería en donde vendieron un broche en forma de trébol de cuatro hojas con oro y brillantes.

Fuimos a la calle Michigan, esquina de la Independencia, donde se ubicaba la joyería.

Bob era un muchacho de unos veintiséis años, y parecía dinámico. Un tipo calvo, el dueño de la joyería, estaba con él. Se llamaba David Coward.

Le pregunté por el comprador del broche.

—Ya he dicho que era un hombre de unos treinta y cinco años, rubio, alto, bien parecido.

—¿Le acompañaba una mujer?

—Sí. Es la que está en la fotografía que este hombre me ha enseñado.

Se refería a una de las fotografías de Stephanie que yo le di a Joe y que este había pasado a Bob Holmes.

—¿Cuándo hizo la operación? —seguí preguntando.

—Anteayer. Aproximadamente a las cinco de la tarde.

—¿Había visto a alguno de ellos con anterioridad?

—No.

—Ahora quiero hacerle la pregunta más importante, señor Coward. ¿Sabe dónde podría localizarlos?

—Lo siento, pero no puedo ayudarle a ese respecto.

—¿No mencionaron si vivían aquí o hacia donde se dirigían?

—No.

—¿No vio su coche?

—Doscientos metros más arriba hay una playa de estacionamiento. Debieron dejarlo allí. Por eso no lo vi. ¿Ha hecho algo malo ese hombre?

Era uno de los felices mortales que todavía no había leído los periódicos.

—Asesinó a tres mujeres, señor Coward —contesté.

—Dios mío —dijo el calvo y apoyó las manos en al mostrador.

Le di las gracias y salimos de la joyería.

—Necesito un trago —dijo Joe.

Fuimos a un bar cercano y pedimos unas copas.

—Ahora ya está todo claro, ¿no te parece, Kenneth? —rompió el silencio Joe.

—Anda, piensa en voz alta.

—Está claro para mí. La chica se libró hasta ahora porque no tenía ese condenado trébol de cuatro hojas, pero Frederick encontró el broche y estará dispuesto para meterla en el hoyo.

—Eres único dando ánimos.

—¿Qué querías que te dijese? ¿Quizá que a estas horas el asesino se ha entregado al teniente Collier?

Bob, el chico dinámico, intervino:

—¿Puedo decir algo?

—Esta es una reunión libre —le contesté.

—No tengo duda que ese hombre se marchó de Reno,

—Estupendo. Pero, ¿adonde?

—Podemos preguntar en las estaciones de servicio que rodean la ciudad.

Sacudí la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, Bob, es lo único que podemos hacer por ahora. ¿Quién te puede ayudar?

—Tengo a Jimmy.

—Poneros a trabajar…

Cuando Bob se hubo marchado, Joe dijo:

—Esto va a costar más dinero.

—Tendrás que conformarte con los quinientos hasta lograr un resultado mejor.

—Eh, ¿de qué te quejas? ¿No te he ayudado en todo lo que he podido?

—Sí, Joe. Tienes razón. Disculpa, pero, cuando llegué Reno, pensé que no me sería difícil echarle el guante, ahora resulta que el caso está más difícil. El loco sabe que lo estamos siguiendo, y él tiene a la chica y, como tú dijiste, ya compró ese objeto que para él es un fetiche.

—A propósito de eso, ¿por qué crees que las entierra con el trébol de cuatro hojas?

—Tratándose de un perturbado, la causa puede ser de lo más simple.

—Me gustaría conocerla.

—La sabrás… si lo capturamos. Sería mejor que ayudases a Bob y a Jimmy.

—Eso voy a hacer.

—Estaré en el hotel. Quiero hacer una llamada a la hermana de Stephanie.

Fui al hotel Cavanagh y pedí una conferencia a larga distancia con Elizabeth Clifford.

Enseguida oí la voz de Elizabeth.

—Señor Forrest… Hace un rato oí un boletín de noticias en la T.V… Es terrible eso que han dicho de los tres cadáveres…

—Tranquilícese, señorita Clifford, pero ninguna de ellas es Stephanie.

—¿Dónde está ella? ¿Todavía con ese hombre?

—Sí.

—Señor Forrest, tiene que salvarla… Es su obligación. No puede fallar.

Así son las mujeres. Uno se rompe los brazos con ellas y todavía

te piden que te rompas la cabeza.

—Estoy haciendo lo posible, Elizabeth.

—Pero, ¿dónde está ahora Stephanie?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Elizabeth, ¿por qué no se calma? Estoy haciendo todo lo posible por librar a Stephanie de ese hombre.

—Pero, ahora él sabe que es perseguido…

—No pude obligar a un comisario que silenciase la boca.

—La matará…

—Elizabeth, la he llamado para tranquilizarla, pero ya veo que necesitará un tubo de sedantes. Tómeselos.

—¿Tiene alguna pista?

—Hay unos cuantos hombres trabajando para mí, y quizá me den pronto esa pista que necesito.

—Pobre Stephanie… ¿Dónde está usted?

—Hotel Cavanagh.

—Tomaré el primer avión para Reno.

—No, Elizabeth.

—No hago nada aquí. Estoy muy nerviosa, como usted dice, y por otra parte quiero estar cerca de Stephanie.

—Oiga, Elizabeth, las últimas noticias que tenemos de su hermana son de anteayer. Entonces estaba en Reno, pero en cuarenta y ocho horas han podido recorrer más de mil kilómetros…

—No obstante. Iré ahí.

Colgué y enseguida sonó el timbre.

Era Marian.

—Hay noticias, Kenneth… Joe dio con ellos, está en una estación de servicio —me dio el número de la estación. Golpeé la horquilla y marqué.

Joe debía estar esperándome porque fue él quien atrapó el micro.

—Habla, muchacho —dije.

—Estoy en una estación de servicio. Se fueron hacia el Norte. La carretera conduce a Westwood. Tripulaban un Chrysler azul y blanco.

—¿Cuándo estuvieron ahí?

—Ayer por la mañana.

Suponía para ellos una ventaja de más de veinticuatro horas.

—¿No hay duda, Joe?

—Han identificado a la chica, pero hay un cambio. Él ya no es rubio sino moreno, aunque su aspecto físico es el de antes. Debieron quedarse en Reno unas horas. Mis muchachos buscarán el hotel donde se alojaron.

—No creo que encuentren nada, pero vale la pena.

Dejé el teléfono definitivamente en la horquilla y me dirigí a la habitación de Jack Howe.

Me abrió enseguida y sonrió al verme.

—Tenía la impresión de que tarde o temprano vendría Forrest.

—Nos vamos, Jack.

—¿Adónde?

—Hacia el Norte.

CAPÍTULO XII

VOLÁBAMOS hacia Westwood. La carretera estaba bajo nosotros, y por ella circulaban algunos camiones y coches, casi todos en dirección a Reno.

Yo tenía el mapa sobre mis piernas.

Desde Westwood, el loco y su compañera podía ir a muchas partes, pero, ¿no era lógico pensar que el tipo elegiría San Francisco? Era la gran ciudad más cercana. Allí tendría posibilidades de esconderse por unas semanas, hasta que el cerco policíaco cediese un poco. Si ese era su objetivo, de Westwood bajarían a Sacramento, y desde esta ciudad les sería muy fácil llegar hasta San francisco.

—Ahí está Westwood —dijo Jack.

Estaba muy descorazonado. Las perspectivas eran muy malas.

—No vamos a aterrizar —repuse—. Iremos hacia Sacramento.

—Usted es el que manda.

Giramos en Westwood y el avión emprendió la ruta del sudoeste, siguiendo la pista hacia Sacramento.

Habíamos recorrido unas cincuenta millas cuando descubrí un coche azul y blanco, y era un Chrysler.

—Baja un poco, Jack.

El avión descendió rápidamente.

Apunté al automóvil con los prismáticos. El hombre que lo conducía era un viejo y no sabía que se hubiese disfrazado porque pude ver sus manos. Ninguna otra persona viajaba con él.

—Listo —le dije a Jack—. No es nuestro hombre.

Jack hizo remontar el avión y seguimos nuestra marcha normal.

Otra vez miré el mapa. Frederick Martin o Edward Baxter era un loco, y por tanto, cabían muchas posibilidades de que mi raciocinio no sirviese para nada porque yo era una persona normal. Si fallaba, Frederick y Stephanie se alejaban cada vez más, ¿hacia el norte?… ¿hacia, el este?…

—Eso es Quincy —dijo Jack.

Era un pueblecito sin importancia.

Descubrí otro Chrysler azul y blanco conducido por una mujer. Nadie la acompañaba, y ella era pelirroja y no se parecía en nada a Stephanie.

Jack sacó una botella de whisky y me la pasó. Me hacía falta un trago. Había empinado la botella cuando Jack dijo:

—Eh, ahí hay un coche como el que busca.

El whisky me resbaló por la barbilla. Le devolví la botella y apunté los prismáticos al auto que se refería. También era un Chrysler azul y blanco y en él viajaban un hombre y una mujer. Era el hombre quien conducía. Sentí un cosquilleo en el estómago.

El cosquilleo se convirtió en una mordedura cuando vi que el conductor era moreno, y la chica rubia.

Apunté hacia ella y necesité el whisky más que antes.

Era Stephanie.

—Son ellos, Jack…

—Puedo aterrizar un par de millas adelante, aunque el terreno no es muy bueno.

—No quiero que lo hagas.

—¿Tiene miedo?

—Si él sospecha de nosotros, matará a la muchacha sin pestañear.

—¿Qué quiere que haga entonces?

—Sigue adelante. Puede entrar en sospechas.

El avión dejó atrás el auto en donde viajaba el asesino de mujeres.

—¿A qué distancia estamos de Palermo?

—A unos veinte minutos.

—¿No hay ningún otro pueblo por aquí antes de llegar a Palermo?

—Ninguno.

—Muy bien. Vamos allá, pero saca el máximo partido a este cacharro.

Lanzó una carcajada y puso todo el fuego en el asador para que el avión diese su máximo rendimiento.

Aterrizamos en Palermo, y le dije a Jack que me podía esperar en la cafetería del aeropuerto, y que si en cinco horas no estaba allí, que llamase a Joe Morris, en Reno.

Fui a la playa de estacionamiento en donde vi varios taxis.

Me dirigí a un tipo de cabello canoso y facciones alargadas, y sacando unos cuantos billetes le dije que tenía que ir rápidamente a Quincy para ventilar un negocio urgente. El taxista no titubeó y en pocos minutos corrimos a ochenta millas al encuentro del Chrysler azul y blanco del asesino.

Había hecho un buen cálculo del tiempo y teníamos que encontrarnos el Chrysler en un plazo no superior a los sesenta minutos, más bien cuarenta y cinco.

Pasaron cuarenta minutos y otra vez sentí aquel hormigueo en el estómago. De un momento a otro estaría en condiciones de enfrentarme a Frederick Martin. Había atravesado casi todo el país de costa a costa para dar con el criminal, y ahora estaba muy cerca de conseguir el premio a mis esfuerzos.

Habíamos dejado atrás un par de moteles y tres estaciones de servicio.

Las agujas del reloj señalaron los cuarenta y cinco minutos, luego los cincuenta.

Vi aparecer a lo lejos un Chrysler azul y blanco. Instintivamente estiré el cuello.

Me sentí sorprendido cuando vi que se trataba de la pelirroja que no se parecía en nada a Stephanie.

Solté unas imprecaciones para mis adentros. Jack había descubierto aquel coche antes de que apareciese en mis prismáticos el de Frederick Martin.

Todavía dejé que el taxista siguiese adelante hasta cubrir la hora que había establecido como límite.

—Dé la vuelta —dije.

—¿Es que ya no quiere ir a Quinoy?

—No.

—Usted manda.

Solo había una respuesta. Frederick Martin y Stephanie se habían detenido en uno de los moteles que habíamos dejado atrás.

El taxista dio la vuelta al auto y emprendimos el camino de regreso a Palermo.

—Deténgase en el primer motel.

Veinte minutos más tarde, el taxista se detuvo junto a la oficina del primer motel.

Detrás de un mostrador había un tipo que defendía los ojos con lentes de alta graduación. Era pequeñajo, casi calvo y posiblemente sería capaz de matar por un dólar.

—Estoy buscando a mi hermana —dije.

—Yo busqué toda mi vida una esposa.

—¿Y tuvo suerte?

—Quise decir que traté de encontrar una mujer que ligase conmigo, pero le exigía demasiado. Honesta, cuidadosa, limpia…

—Pidió demasiado.

—¿Cree usted?

—Comprendo su drama. Pero volvamos a mi hermana. Si la vio debió quedar muy impresionado… Es una belleza rubia, y está por los veintidós o veintitrés años.

El calvo soltó un gruñido.

—No, no he visto a una mujer de esas desde hace mucho tiempo.

—La acompaña un tipo moreno, alto. Quizá él entró solo para registrarse y ella se quedó en el automóvil, un Chrysler azul y blanco modelo de este año.

No me respondió. De pronto descubrió que el tintero estaba en mal sitio y lo movió unas pulgadas hacia la derecha, y que la pluma estaba balanceándose y la empujó para que no cayese.

Era el momento oportuno para que viera el color de mi dinero, y sabía que esta vez no era cuestión de cinco dólares. Saqué veinte, cuatro billetes de a cinco, y los puse sobre el tablero.

—Quiero una respuesta rápida —dije.

—Están aquí —dijo mientras se hacía cargo de los billetes—. Él se llama Charles Delarme.

—¿Qué bungalow ocupan?

—El número 7. Está al final de la primera fila.

—Gracias.

—Espere —hizo una pausa—. No quiero jaleos.

—Trataré de complacerlo.

—Por otros veinte le puedo dar una llave que le permitirá abrir.

Él no podía saber que por la llave le hubiese dado cincuenta, y puede que hasta cien morlacos. De modo que me apresuré a darle los veinte pavos y recibí a cambio la llave.

—Nada de tiros —dijo el encargado.

—¿Tengo yo cara de eso?

Me miró atentamente y dijo:

—Sí, parece un hombre pacífico.

Aquel tipo no ganaría un premio de sicología, pero yo no estaba allí para darle las lecciones que necesitaba.

Salí de la oficina y me dirigí hacia el bungalow número 7.

CAPÍTULO XIII

NO podía consentir que me viese y caminé junto a la pared. Llegué a la puerta, introduje la llave y le di la vuelta. La cerradura estaba bien engrasada porque solo produjo un suave chasquido. Enseguida me colé dentro y ya tenía la pistola en la mano.

El tipo estaba tendido en el diván leyendo un libro, pero no vi a Stephanie.

No se había dado cuenta de mi presencia. El libro debía de ser muy interesante. Pude leer su título: «Las Mil y Una Noches».

—Hola —dije.

No dio un salto, ni siquiera un respingo. Era un muchacho con los nervios bien templados. Solo hizo que doblar la cabeza, y entre sus dos cejas apareció una arruga de extrañeza, quizá porque le estaba apuntando con un arma, y eso no era cosa corriente.

—¿Quién es usted?

—Adivínelo.

—Oh, sí, un ladrón. Ha venido aquí a robarnos…

—¿Dónde está ella?

—¿Ella? No le entiendo.

Sentí que la sangre se me helaba en las venas. ¿Y si ya la había matado? Entonces, el cadáver tenía que estar allí, ya que «Lentes de Aumento», el de la oficina de registro, me había dicho que habían llegado los dos.

Puso los pies en el suelo.

—Cuidado —le dije.

—Amigo mío, creo que ha venido equivocado… Soy Charles

Delarme.

—Sí, ese es el nombre con el que se inscribió en el registro del motel.

—Es el mío.

—Quizá se haya decidido al fin de usar el suyo.

—¿Qué quiere decir?

—Antes fue Frederick Martin y Edward Baxter y seguro que utilizó otros nombres en diversos lugares.

Era un hombre guapo, los ojos azules que miraban fijamente, y comprendí el impacto que podía producir en cierta clase de mujeres.

—¿Lo ve usted? —dijo con una sonrisa—. No tengo nada que ver con ese Frederick Martin o Edward Baxter. Le aseguro que soy Charles Delarme y siempre utilizo ese nombre.

No me interesaba, de momento, discutir aquel tema con él. Señalé la puerta del fondo.

—¿Está ahí Stephanie?

—¿A qué Stephanie se refiere?

—No sea estúpido, Charles. Está atrapado, y será mejor que colabore conmigo.

—¿Cómo quiere que le convenza de que sus sospechas son absurdas?

—Levántese.

—¿Qué va a hacer?

—Quiero que abra el dormitorio.

—Muy bien. Lo abriré, y usted mismo podrá comprobar que no hay nadie conmigo.

—Vino aquí con una mujer, con Stephanie. Me lo confirmó el hombre de la oficina.

—Fue un engaño. Le mentí. Llegué solo, pero estoy esperando a una mujer. Me cité aquí con ella.

—Cuénteme ahora alguna de ese libro que estaba leyendo… Por ejemplo, la fábula de «Ali Babá y los Cuarenta ladrones».

—Oiga, usted puede pensar todo lo que quiera, pero me he citado en este motel con una mujer que ha de venir de Palermo… No tardará mucho. Si se queda, se la presentaré. Entonces saldrá de dudas, aunque a ella no le va a gustar nada que alguien meta las

narices en un asunto completamente privado.

—Abra esa puerta del fondo.

—Como usted quiera.

Echó a andar y fui detrás de él apuntándole a la espalda. Abrió la puerta y se apartó del hueco.

Miré al interior y no vi a nadie.

—Vamos al cuarto de baño.

—Está también vacío.

—He dicho que se ponga en marcha.

Pasamos al dormitorio y de allí al cuarto de baño.

—¿Se convence? —dijo sin dejar de sonreír cuando hube comprobado que efectivamente allí no había nadie.

—Volvamos al living —le ordené.

Regresamos a la habitación donde lo había sorprendido leyendo su libro.

—Le deseo suerte para encontrar a ese hombre que busca —dijo.

—Déjese de pamplinas. Usted es el hombre que busco, el tipo que mató y enterró a tres mujeres en Newcombe City… Ande, dígame ahora que nunca estuvo en Newcombe City.

—Imagino que no servirá de nada.

—¿Qué hizo con Stephanie?

—¿Otra vez?

—Respóndame. ¿Dónde está Stephanie?

—Pero si no sé de quién me habla —me mostró las palmas de las manos vacías— ¿Cómo quiere que le repita que se confunde?

—¿Dónde vive, Charles?

—En Westwood.

—¿A qué se dedica?

—Soy fabricante de muebles.

—¿En Westwood?

—Claro.

—¿Casado?

—No.

—¿Por qué le gustan los tréboles de cuatro hojas?

Había hecho mis preguntas para pillarlo desprevenido.

Sin embargo, era un tipo con una gran rapidez mental para reaccionar. Sonrió de nuevo.

—No conozco el alcance de su pregunta, pero le advierto que no soy supersticioso. Aunque no me burlo de esas personas simples, ingenuas que creen que les acompañará una racha de buena suerte si encuentran un trébol de cuatro hojas.

—Usted no puede matar a su víctima sin que ella tenga uno de esos tréboles.

—¿Qué dice?

—Un trébol en forma de broche… Es de oro y tiene brillantes de imitación. A todas sus víctimas les regala un broche de esa clase.

Rio cubriéndose la cara con las manos.

—Charles, ya le dije que está atrapado, y le voy a agregar algo más… Usted es un desequilibrado mental. No lo van a condenar a la última pena… Su destino es un hospital de enfermos mentales. Pero yo no soy un policía, Charles. Soy un investigador privado… Para mí existe una gran diferencia entre la ley y la justicia. Por ejemplo, puedo vaciarle la cabeza de un balazo, desparramarle los sesos que le colocaron mal en el cráneo y por eso es capaz de tener sus tortuosos pensamientos con respecto a las mujeres bellas como Stephanie. ¿Qué hay en su cabeza que le impulsa a acabar con ellas?

Estaba ya muy serio, mirándome por entre los dedos.

—¡Cállese! —gritó.

Yo había adoptado otra táctica, la de sacarlo de sus casillas.

—¿Qué le pasa, Charles? ¿Empieza a darse cuenta de que no me la puede pegar?

—Dice que estoy loco.

—Sí, eso he dicho.

—¡Es usted el que ha perdido el juicio!… No sé nada de mujeres muertas, ni de tréboles, ni de broches en forma de trébol.

—Le estoy dando una oportunidad… Quiero que me lleve al lado de Stephanie y luego iremos a hablar con la policía.

En aquel momento oí una voz a mis espaldas.

—Le estoy apuntando con una pistola.

Era una mujer.

Vi la cara de Charles. Expresaba una gran satisfacción.

Volví la cabeza. Allí estaba ella, la mujer que había estado siguiendo a través de miles de kilómetros, la que yo debía de salvar de la muerte, y resulta más bella que en la fotografía.

Manejaba una pistola con cañón corto, y tenía un dedo en el gatillo.

—Suelte ese arma — dije.

Ella me estaba mirando fríamente y repuso:

—Es usted el que la tiene que dejar y lo hará ahora mismo o lo mato.

—Su marido es un asesino. Mató a tres mujeres y se dispone a matarla a usted.

—¡Tire ese arma o disparo! —repitió.

CAPÍTULO XIV

DEJÉ caer mi pistola al suelo porque si no lo hubiese hecho en ese mismo instante, Stephanie habría disparado.

—Stephanie —dije— está cometiendo un grave error…

—Usted lo cometió al perseguir a Charles.

—Solo vine para salvarla a usted.

—No logrará engañarme.

—Stephanie, vine en su busca. Su hermana me dio el encargo de encontrarla. Elizabeth habló conmigo en Nueva York. Soy Kenneth Forrest, investigador privado…

En ese momento recibí un golpe en el cuello y me tambaleé.

Si hubiese estado preparado, habría podido caer hacia Stephanie y arrebatarle la pistola.

Fallé mi oportunidad, y eso era debido a que no estaba lo bastante sereno. Aquel loco estaba demostrando ser más listo que yo.

Había cogido mi pistola y me estaba apuntando con ella. A sus labios añoraba una sonrisa de triunfo.

—Stephanie —dije—, su marido mató a tres mujeres en Newcombe City. Las había enterrado en la casa donde él la pensaba llevar, pero usted hizo saltar su plan cuando le envió el telegrama a Robert Fisham, del hotel Temple de Nueva York…

—He dicho que se calle —ordenó de nuevo Charles Delarme.

Guardé silencio.

—Stephanie —dijo Charles— este hombre y yo vamos a hacer un viaje. Me esperarás aquí.

—¿Adónde irás, Charles?

—Lo entregaré a la policía.

Me eché a reír.

—Qué gran idea, Charles. Iremos a la policía y ellos harán el resto, pero en ese caso sería mejor que se despidiese de Stephanie porque no la volverá a ver.

—Solo dice tonterías.

—Yo sé que no iremos a la policía, Stephanie. Quiere sacarme de aquí para matarme. Es lo que va a hacer su marido… Cometer otro crimen.

—No lo creas, querida. Está falseando las cosas porque trata de conseguir tu ayuda… Es uno de los miserables de que te hablé.

—Se la contaré por el camino, señor Forrest. Eche a andar hacia la puerta.

Me moví hacia Stephanie y ella se apartó rápidamente.

Puse la mano en el tirador y dije:

—Stephanie, esta es su última oportunidad, y no lo digo por mí, sino por usted. Puede salvar su vida. En cuanto salgamos de aquí, eche a correr… Charles no la ha matado hasta ahora porque lo estamos persiguiendo.

Charles me golpeó de nuevo en el cuello.

—Abra o lo mato aquí mismo.

Ya había hecho bastante por Stephanie. Si ella quería morir, era cuestión suya. Salimos del bungalow.

—Ande hacia la izquierda —dijo Charles cerrando la puerta tras de sí.

Fuimos a la cochera.

—Conducirá usted —dijo Charles—. Póngase al volante. Pero no intente nada o lo mato aquí mismo.

Yo no tenía fuerzas para intentar nada, porque el secundo golpe me había conmocionado bastante.

—Salga a la pista y diríjase a Westwood.

Vi a lo lejos el taxi que me había conducido hasta allí, pero el conductor no estaba al volante. Probablemente había entrado a la oficina para pegar la hebra con «Lentes de Aumento». Por ese lado no me llegaría la ayuda. Ahora el ingenuo era yo. ¿Qué clase de ayuda me podían ofrecer? Estaba en manos de aquel loco homicida.

El coche empezó a correr por la pista.

Charles Delarme soltó una risita.

—No podrán conmigo —dijo.

—Es lo que usted cree, Charles. Hay mucha policía en movimiento.

—Ya lo sé.

—Celebro que acepte su verdadera personalidad.

—Ahora no está Stephanie, y no hay motivo para negarlo. Después de todo, usted se va a ir al otro mundo.

—Tengo que felicitarle, Charles. Es usted el tipo más inteligente que encontré en mi camino.

Quise halagarlo para que contase su historia. Si yo moría, quería hacerlo sabiendo la brillante carrera criminal de Charles.

No dejaba de apuntarme con la pistola. Sus ojos habían adquirido un brillo más intenso.

—Yo soy el más inteligente de todos —dijo.

—Seguro, y por eso me gustaría conocer cómo ha logrado convencer a Stephanie de que soy un tipo del que se tenía que librar.

—Soy víctima de una confabulación.

—Vaya, eso parece bueno. ¿Qué clase de confabulación, Charles?

—Me persigue una sociedad secreta. Yo lucho por los negros.

—Antirracista, ¿eh?

—Tenía que buscar algo para impresionar a Stephanie.

—Y parece que lo logró.

Conducía despacio. La aguja del velocímetro marcaba los cincuenta. No sé a dónde íbamos, pero quería alargar todo lo posible nuestra llegada al lugar que Charles había elegido para dejarme tieso.

—Yo, supuestamente, pertenezco a la Agrupación de Lucha Cívica por los Derechos de la Gente de Color.

—Suena bien.

—¿Verdad que sí? —rio él y de pronto se quedó muy serio—. ¿Qué le pasa? ¿Por qué va tan despacio?

—Solo por el placer de escucharle más atentamente.

—Puede escucharme igual si vamos rápido. Apriete el acelerador.

—Como quiera, Charles.

El auto aumentó la velocidad.

—Usted salió de Nueva York con Stephanie para ir a Las Vegas donde se casarían, pero luego tenía pensado ir a Newcombe City.

—Eso es.

—Seguía el plan siempre. Con las otras hizo lo mismo, ¿verdad?

—Sí. Pero lo repito que estaba justificado mi cambio, porque en un momento determinado, antes de llegar a Las Vegas, les decía que era perseguido por los miserables que habían decidido acabar conmigo por mis actividades en favor de los negros.

En mil años no habría sabido cómo Charles Delarme se las arreglaba para engañar a sus chicas, y era tan simple como sumar dos y dos. Dicen que los locos son los más lógicos y, una vez más, no fallaba el aforismo.

Aquel complot de racistas y antirracistas servía perfectamente para que Charles pudiese dar respuestas vagas cuando le hiciesen preguntas, y sobre todo, le daba un aire de romanticismo, el del hombre perseguido, el de la víctima de los hombres odiosos. Teniendo en cuenta que antes enamoraba a las mujeres, ellas estarían dispuestas a todo por seguirle, y comprenderían por qué tenía que cambiarse de nombre y hasta teñir su cabello. Naturalmente, en los tres primeros casos, no hizo frente a ninguna complicación, pero con Stephanie había sido distinta, y Charles debió cuidar que ella no leyese los diarios.

—Charles, ¿quiénes eran las muchachas que encontramos en el jardín de la casa de Newcombe City?

Dio un suspiro.

—Eran muy hermosas.

—Sí, fue la impresión que me dieron, a pesar de que ya estaban en muy mal estado.

—No me hable de eso. Quiero conservar el recuerdo que tuve de ellas.

—Disculpe —dije, muy ceremonioso.

—Maté en primer lugar a Margaret Harrison.

—¿Quién era?

—Una modelo de Nueva Orleans.

—¿Y la segunda?

—Gloria O'Connor… Trabajaba en un teatro de Los Ángeles. Los agentes artísticos le pronosticaban una gran carrera… Ella amaba demasiado el dinero, y estaba dispuesta a todo por conseguirlo. Habría destrozado a muchos hombres…

—¿Quién fue la tercera?

—Mirene Bailón, y se dedicaba a la publicidad. Conseguía gran número de clientes por su encanto y seducción. Pero ya no encantará ni seducirá a nadie, ¿lo oye, señor Forrest?…

—No me pierdo palabra.

—Tenían que morir.

—¿Por qué?

—Por eso, porque eran hermosas… Yo no podía consentir que engañasen de nuevo.

—No le entiendo.

—Una me engañó. Solo una. Sí, señor Forrest, ella me abandonó.

—¿Quién?

—Mi esposa.

—¿Y cuándo ocurrió eso?

—Hace dos años… Yo la quería mucho. La amaba con todas mis fuerzas. Vivíamos en Atlanta. Susan era una criatura angelical y me enamoré perdidamente de ella…

Miró hacia adelante y su expresión fue un poco ensoñadora porque estaba recordando a aquella mujer.

Aparté mi mano del volante para apoderarme de su pistola.

Él se volvió rápidamente.

—Lo voy a matar, Forrest.

CAPÍTULO XV

VOLVÍ la mano al volante.

—No espere que me distraiga, señor Forrest. La próxima vez que lo intente, le juro que le meteré una bala en el corazón, y no crea que me voy a estrellar, después manejaré el volante y frenaré sin dificultad.

Hice un gesto afirmativo.

—Me estaba hablando de Susan — le recordé—. ¿Por qué ella lo abandonó?

—Prefirió a otro hombre. No lo supe hasta que ella se marchó de mi lado. Me dejó una carta, ¿sabe?

—¿Qué decía la carta?

—Cosas horribles.

—¿Qué cosas?

—Que su vida a mi lado se le había hecho insoportable… Decía que yo era un hombre anormal, que mi mente era insana.

—Debió tener motivos.

Me miró con los labios entreabiertos, los ojos agrandados y por un momento pensé que iba a disparar. Sería irremediable porque me estaba apuntando a la cabeza.

—No soy un hombre como los otros, Forrest. Nunca lo fui.

—Oh, sí, claro, lo olvidé. Usted es más inteligente que nadie.

—No se burle, maldito sea. Ella no supo apreciar la clase de hombre que yo era…

—¿Cuál era su profesión en Atlanta, Charles?

—Ingeniero aeronáutico. Trabajaba para una sociedad. Cuando

Susan me abandonó, iba a firmar un contrato con la N.A.S.A… Había logrado algo que perseguí durante los últimos años. Iba a planear un artefacto que llegaría a la Luna, no una de esas ridículas cápsulas que caen al mar por la Ley de gravedad… Una auténtica aeronave. ¿Lo entiende?… Iba a salir de mi cabeza. Lo tenía todo planeado. Me costó muchos años. Habría asombrado al mundo, y Susan me dejó por un tipo vulgar.

—¿Quién era?

—Un compañero mío, un canalla, el miserable Melvyn.

—¿A dónde fueron?

—A Inglaterra, Melvyn estaba contratado con una compañía inglesa…

—Usted pudo rehacer su vida.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Yendo a trabajar con la N.A.S.A. Tenía que realizar sus sueños.

—No podía.

—¿Por qué no?

—Usted no sabe nada… Usted es un estúpido como Melvyn. Susan era todo lo que yo tenía en el mundo… No, no lo puede comprender. Necesitaba a Susan para llevar mis planes a buen fin… Y cuando ella se fue, todo saltó por el aire, todo… ¿Lo entiende? Pero yo tenía dinero. Podía prescindir de mi puesto. Me despedí de la compañía y renuncié al contrato con la N.A.S.A… Yo tenía otra misión que cumplir en el mundo. La de impedir que mujeres como Susan acabasen con hombres como yo… ¿Se da cuenta? También esa era una misión importante, que nadie había acometido hasta ahora… Hay muchas mujeres hermosas como Susan que impiden que el mundo progrese… Coquetas, traidoras, adúlteras, embusteras…

—¿Por qué solo ve el lado malo?

—Esas mujeres son el mismo demonio.

—He conocido a mujeres hermosas y, según se las mire, resultan algo maravilloso para el hombre… Todos tenemos defectos, Charles, porque somos seres humanos. Usted también tiene defectos.

—¡No, yo no tengo defectos! ¡Lo oye!… ¡No los tengo!…

—Le demostraré lo contrario.

—Le desafío a que lo haga.

—Usted ya ha cumplido su misión. Ya mató a tres mujeres. ¿O mató a más y las enterró en otra parte?…

—No. Solo maté a las tres que encontraron en Newcombe City. La cuarta será Stephanie y luego habrá más.

Aquel tipo era capaz de seguir matando. Si me liquidaba, tenía muchas posibilidades de continuar su carrera. El teniente Collier estaba demasiado lejos y también lo estaba Joe Morris.

—Todavía no me ha explicado por qué las entierra con el trébol de cuatro hojas.

—Eso está relacionado con Susan…

—Explíquemelo…

—Susan encontró un trébol de cuatro hojas el mismo día que se separó de mi lado. Estábamos paseando por un prado, al lado de nuestra casa. Ella levantó su rostro, iluminado con una sonrisa y, con los ojos llenos de regocijo, me dijo: «Charles, un trébol de cuatro hojas. Voy a tener mucha suerte».

Guardó silencio y yo no hice comentario alguno.

—¿Es que no me ha oído, Forrest? —lanzó una carcajada— Susan dijo que el trébol le traería mucha suerte y solo faltaban seis horas para que se fuese con el canalla de Melvyn. Esa era la suerte a que ella se refería… Se estaba riendo de mí. Me iba a abandonar y ella era feliz… No he podido olvidar su cara. Reía y reía repitiendo que el trébol le iba a traer mucha suerte…

Estaba sudando y pensé que quizá le daría un ataque. Dije para apaciguarlo:

—Por eso iba comprando los broches y los regalaba a sus víctimas. He leído algunos libros de siquiatría. Ellos le llaman la compensación.

—¡No diga idioteces!… Esos siquiatras no saben nada de nada… El trébol era un puro símbolo… Quería darles suerte. Sí, deseaba que la tuviesen… ¡Pero enterradas!… Todas son muy hermosas, pero cuando están bajo tierra ya no pueden hacer nada a nadie, ya no pueden destruir a ningún genio… Yo trabajo para el progreso del mundo. Algún día se tendrán en cuenta mis esfuerzos… Sí, señor Forrest, se reconocerá todo lo que he hecho por la

civilización.

—Oh, sí, le levantarán una estatua.

—No ironice, señor Forrest. No lo hago por eso.

—Claro, usted lo hace por amor al prójimo.

—¡Basta! Estamos llegando.

—¿Adónde?

—Al sitio donde lo voy a matar. Cien metros más allá hay un camino.

—¿Adónde conduce ese camino?

—A un pueblo abandonado. Se llamaba Sunset City. Solo tendremos que recorrer diez millas.

—Los recorreré con mucho gusto porque daré tiempo a que Stephanie se marche.

Se echó a reír.

—Piensa eso, ¿eh?

—No tengo la menor duda, de que Stephanie hará una comprobación.

—¿Qué comprobación?

—Le dije que habíamos encontrado los cadáveres de tres mujeres en su casa de Newcombe City.

—¿Y qué?

—Ella querrá verificar eso. Hará una llamada.

En sus ojos apareció la duda, pero enseguida dijo:

—No, no hará tal cosa.

Tenía que golpear en caliente.

—Se equivocó con Susan y se volverá a equivocar con Stephanie… Recuerde, ellas tienen defectos. Por eso quiere matar a Stephanie, porque es como Susan… De pronto, ella se dará cuenta de que hasta ahora solo se fio de su palabra. Admito que su historia de la lucha entre las sociedades que odian o aman a los negros fue buena, pero todo tiene su límite… Dije muchas cosas intencionadamente para despertar sus sospechas. Deberá reconocer que empleé bien mi tiempo. Introduje la historia del broche y ella recordará algunas escenas relacionadas con el trébol de cuatro hojas… Recordará por ejemplo, lo que pasó en la oficina de telégrafos de Center Point, cuando usted la sorprendió después de poner el telegrama al hotel Temple, la forma en que usted se

irritó…

Me miró asombrado.

—¿Qué sabe usted de eso, Forrest?

—Todo.

—¡Explíquese!

—He seguido su pista desde Nueva York, y después de mi macabro descubrimiento y dado que usted no estaba en Newcombe City, seguí mi investigación en Center Point.

Charles empezó a respirar entrecortadamente.

Su dedo seguía en el gatillo y bastaría una sola presión para que se pusiese en marcha la bala que haría reventar mi cabeza.

—No lo dude, Charles —dije—. A estas horas, Stephanie ya sabe toda la verdad, que usted es un asesino… Ella habrá echado a correr. No la atrapará nunca porque pedirá auxilio a la policía.

—¡No, no pasará eso!… ¡Ella me esperará en el bungalow!

Vi sus intenciones de disparar y doblé el volante con brusquedad.

Charles disparó la pistola.

CAPÍTULO XVI

LA bala golpeó contra el techo.

Frené bruscamente y salté contra Charles cuando movía el arma pata disparar otra vez.

Logré atraparle la muñeca, volcándome sobre él.

La portezuela de su lado se abrió y los dos caímos rodando en el polvo.

—Maldito, le voy a levantar la tapa de los sesos —gritó Charles.

Quizá lo lograse, pero lo tenía sujeto por la muñeca y seguíamos rodando porque habíamos encontrado en nuestro camino un hoyo profundo, al lado de la carretera.

Al llegar abajo, sobrevino otro disparo.

Charles estaba encima de mí y vi como su rostro se crispaba y sus ojos parecían ir a salir de las órbitas. Había recibido la bala en el vientre, en donde tenía ahora un boquete por donde mostraba los intestinos.

Soltó un gemido gutural y se derrumbó.

Gateé hasta su lado.

—Forrest —dijo con voz desfallecida— no debió hacerlo… Tenía que cumplir una misión.

Luego dobló la cabeza y expiró.

* * *

Abrí la puerta del bungalow.

Stephanie estaba sentada en el diván y alzó los ojos. Por su cara comprendí que había acertado.

—¿Adónde llamaste? —pregunté.

—A un periódico, al «Centinela» de Reno.

—¿Qué te dijeron?

—La verdad.

—¿Por qué te quedaste aquí entonces?

Señaló la pistola que tenía a su lado.

—Lo habría matado…

Se inclinó sobre el almohadón y prorrumpió en sollozos.

Vi algo que brillaba a sus pies. Era el trébol de cuatro hojas, un trébol que habría significado la muerte de Stephanie, y sin embargo, por una jugada del destino, esa muerte había sido la del propio Charles.

EPÍLOGO

BESÉ unos labios de mujer y me pareció que había pasado un siglo desde la última vez que probé otros.

—Kenneth —dijo ella—, ¿por qué no te quedas en Reno?

—Me espera el trabajo, nena. Pero no te preocupes, no me iré enseguida.

—¿De qué dependerá?

—De ti.

En ese instante se abrió la puerta y mi amigo Joe Morris entró hecho una furia.

—Otra vez me la has vuelto a jugar —ladró.

Señalé a Marian, que estaba tendida en el diván, y dije:

—Ella me aseguró que no es nada tuyo.

—Pero me quería casar con ella…

—Jefe —dijo Marian—, no moleste.

Joe fue a abrir la boca para protestar, pero yo le interrumpí.

—Joe, págale los tres meses que le debes.

—¿Qué?

—Me has oído perfectamente. Marian no trabajó gratis para ti.

—Eso sí que no lo haré…

Dio media vuelta y salió de la habitación.

—Lo siento, Marian —dije—, te quedaste sin cobrar esos tres meses por mi culpa.

—Entonces te voy a exigir una indemnización.

Metí la mano en el bolsillo para sacar el fajo de billetes, pero ella me lo impidió.

—Eres un tonto. No me refería a esa clase de indemnización.

Ustedes lo saben, no tengo la culpa de que yo sea una modesta combinación de Gary Grant, Rock Hudson y Paul Newman.

FIN